Me acuerdo de
Lorca

"Extiende tu mano, siéntete útil, merece la pena"

Me acuerdo de Lorca

Me acuerdo de Lorca

Me acuerdo de Lorca
1ª edición, abril de 2013
© De esta edición: ANABAD MURCIA
© Textos: sus autores.
© Fotografías: Paco Alonso, Manuel Carrillo, Mariano Hernández, Tere Martínez, Manuel Muñoz, Francisco Perán, David Romera, Eduardo Sánchez.

Editan:
ANABAD Murcia
Ediciones Tres Fronteras, Consejería de Turismo y Cultura

Patrocina: Fundación Cajamurcia

Maquetación: Pedro Quílez Simón.

Imprime: Tipografía San Francisco tsf@ono.es

Depósito Legal: MU-388-2013

EDICIÓN NO VENAL

Impreso en España / Printed in Spain

Ilustración de Pedro Rodríguez Sánchez

"Nuestras sonrisas darán color a Lorca"
Raquel Gómez López, 10 años, 5º EP, CEIP Madre de Dios

Una historia, todas las historias

"Aquella fatal catástrofe de proporciones gigantescas había alterado, de forma silenciosa pero radical, la visión de su vida cotidiana".

Después del terremoto, Haruki Murakami.

La experiencia de sobrevivir a un terremoto se convierte en una sacudida emocional. Pero sobre esos dos pilares se construye el edificio de la memoria: las experiencias y las emociones. Entre las grietas que abre la catástrofe aflora la más humana de las condiciones, sus sentimientos. Desde el miedo, la impotencia o el pánico, hasta la esperanza, el alivio, el consuelo y el agradecimiento en momentos difíciles.

Asomarse a estos testimonios es asomarse a una historia de historias: la de aquel fatídico 11 de mayo de 2011 y las horas posteriores a los dos terremotos que sacudieron a la ciudad de Lorca. *"Como cuando partes una galleta, así rompió el sureste español"*, cuenta Rita en su recuerdo de aquella jornada. Cuando pasen muchos años, esto será lo que quede escrito en los libros de Historia: que fueron 9 personas las que fallecieron (la que es, sin duda, la peor de las tragedias), que miles de vecinos se vieron desplazados y que muchos de ellos perdieron sus viviendas en los meses posteriores. Que la Ciudad del Sol fue el centro de un despliegue humanitario sin precedentes en la historia reciente de España. Y que tuvieron que pasar años para que todo volviera a la normalidad.

Este libro contará, sin embargo, la otra historia, la que no aparecerá en los libros: la historia de lo que vieron y vivieron los vecinos de Lorca en un día así, la historia de su memoria, confusa y caprichosa. Es verdad que al cabo del tiempo desaparece un recuerdo minucioso pero, como escribe Lola, *"detalles insignificantes se quedan grabados a fuego en tu mente"*. A ese caos de la memoria en horas tan agitadas estas visiones tratan de dar orden. El libro ofrece experiencias con un valor documental innegable. Por encima de otra cosa es una inmersión en los sentimientos y emociones que se sucedieron casi de forma similar en casi todos los lorquinos y lorquinas aquel día, simultáneamente, a lo largo de la geografía urbana de la ciudad. A la misma hora, en el mismo instante, todos experimentamos las mismas sensaciones, por nuestra mente corrieron los mismos pensamientos de preocupación y angustia.

"El 11 de mayo comenzó como un día cualquiera", arranca Herminia en su testimonio. Y así era: uno de esos días en mayo, en los que las tardes nos regalan algo más de sol y se van deslizando perezosas. Un día con sus gestos coti-

dianos de ir a la biblioteca a estudiar, preparar el trabajo del día siguiente en la oficina, salir a dar una vuelta en bici, un paseo con los niños o, como también cuenta la propia Herminia, sentarse a ver tranquilamente la novela en el salón de su casa. Sin olvidar que aquellas semanas, en las paredes que se agrietarían más tarde, podíamos ver los carteles de la campaña para las elecciones municipales. Entonces ocurrió. *"Vimos cómo Lorca subía, tronaba, bajaba, temblaba, caía. Lorca se rendía a la fuerza de la naturaleza como nuestros corazones".* Esta reflexión de Toñi no deja de esconder lo que aún a día de hoy siguen pensando muchos de sus vecinos: tembló la tierra y temblaron las personas. La ciudad mostró su indefensión y sus habitantes se sintieron desamparados. *"Los cinco segundos más largos de mi vida"*, admite Juan Antonio. Instantes en los que es imposible olvidar *"el sonido de las sirenas que no creo que ningún lorquino se logre sacar de la cabeza"*, apunta María Dolores.

Es posible seguir por todos estos testimonios un rastro común, una secuencia emocional. Al miedo, le sigue la duda, la incertidumbre sobre los seres queridos, las líneas telefónicas colapsadas y caídas que no nos permiten contactar con ellos. De aquellos momentos, María recuerda *"la angustia que nos recorría al no poder usar los teléfonos"*. *"Todavía siento el gozo y el alivio de abrazarlos y besarlos"*, escribe Andrés sobre el reencuentro.

Nuestra forma de afrontar el día a día, como lo habíamos entendido hasta ese momento, cambiaba radicalmente. Como en el caso de Ana Cristina, al acompañar a su abuela a ver el estado de su casa: *"Había perdido las paredes y el edificio estaba en peligro de derribo (…) Al ver mi abuela su casa, la ilusión de su vida, se deshizo en lágrimas".* Hay padres que se juegan la vida volviendo a sus pisos con la intención de rescatar la leche para sus bebés; otras familias que entre el temor y el pavor se encuentran que en sus hogares, como dicen algunos de estos testimonios, *"parece haber caído una bomba".* Incluso, nuestra condición humana es tan vulnerable a lo que no tiene explicación y nos parece absurdo, que en mitad de una situación tan sobrecogedora nos sorprendemos riéndonos, un recurso necesario para relajar la tensión que se ha encajado en nuestros músculos. *"Me acuerdo de que acompañé, junto a un bombero, a una mujer a su piso para que recogiera lo que pudiera* –escribe Antonio en uno de estos relatos–. *Nos pidió perdón por el desorden, por tener los platos sin fregar y todo por los suelos. Nos reímos los tres por el comentario".* Aún entre los cascotes y los escombros, somos lo que somos.

Cada uno vivió *"su pequeña odisea"*, como lo describe Violeta. Ella también destaca *"la unión tan grande, que nos ha hecho levantarnos y seguir adelante".* No

es la única que lo dice. A lo largo de estas páginas se vuelcan palabras como "solidaridad", "héroes anónimos", "esperanza" o frases sencillas en las que ese espíritu queda resumido en un gesto aparentemente sencillo: *"Soy voluntaria de Cruz Roja y dejé mi casa para unirme a mis compañeros".* Es Ana Belén la que escribe esto, y reconoce que como ella *"había compañeros que estuvimos 24 horas sin dormir o más".* Igual que ellos, la Policía Local, el Servicio de Emergencias, el personal médico, bomberos, UME y demás cuerpos y fuerzas de seguridad. Voluntarios anónimos y héroes por un día*: "Recuerdo que tuvimos que atravesar una ciudad desierta, en silencio, jalonada de escombros"*, dice Pedro Enrique cuando recuerda el papel que jugó el Grupo Scout de Lorca. O el testimonio de un miembro del Servicio de Emergencias que cuenta cómo rescataron a un familia entera de entre los escombros en La Viña, sanos y salvos, mientras seguía sin saber nada de los suyos, la sensación de que *"estás ayudando a la gente pensando en tu familia, si estarán vivos, si estarán bien".*

La palabra "gracias" se queda corta para muchos de estos lorquinos que cuentan su vivencia en la que *"todas las personas que estaban allí se olvidaron de sus situaciones particulares* –dice Miguel–, *en muchos casos dramáticas también". "En todo momento nos hemos ayudado unos a otros, y nos hemos dado cuenta de lo unidos que podemos llegar a estar y la fortaleza que tenemos"*, escribe Irene.

"De todo se perdió, de todo se ofreció y de todo se recibió aquella tarde", resume Encarna. En ese ajetreo, en ese ruido y escándalo por la sacudida y sus repercusiones que oímos de lejos, aún conmocionados, existe también una sensación que se abre paso y nos inquieta desde el primer momento: *"Entré en mi casa y me di cuenta de que todo iba a cambiar"*, reconoce María Dolores. *"Aquel terremoto era el fin de una bonita época y ya nada sería igual"*, sigue.

En este libro también se incluyen las frases escritas por escolares de los colegios del municipio para inscribirlas en el monumento conmemorativo ubicado en la Plaza de Colón. Chispazos cándidos e inocentes, una forma de ver la vida en momentos difíciles ajena a las dificultades y obstáculos que encuentran los adultos, algo que se agradece. Porque la ciudad de Lorca que vuelva a levantarse en el futuro será la de los niños de hoy.

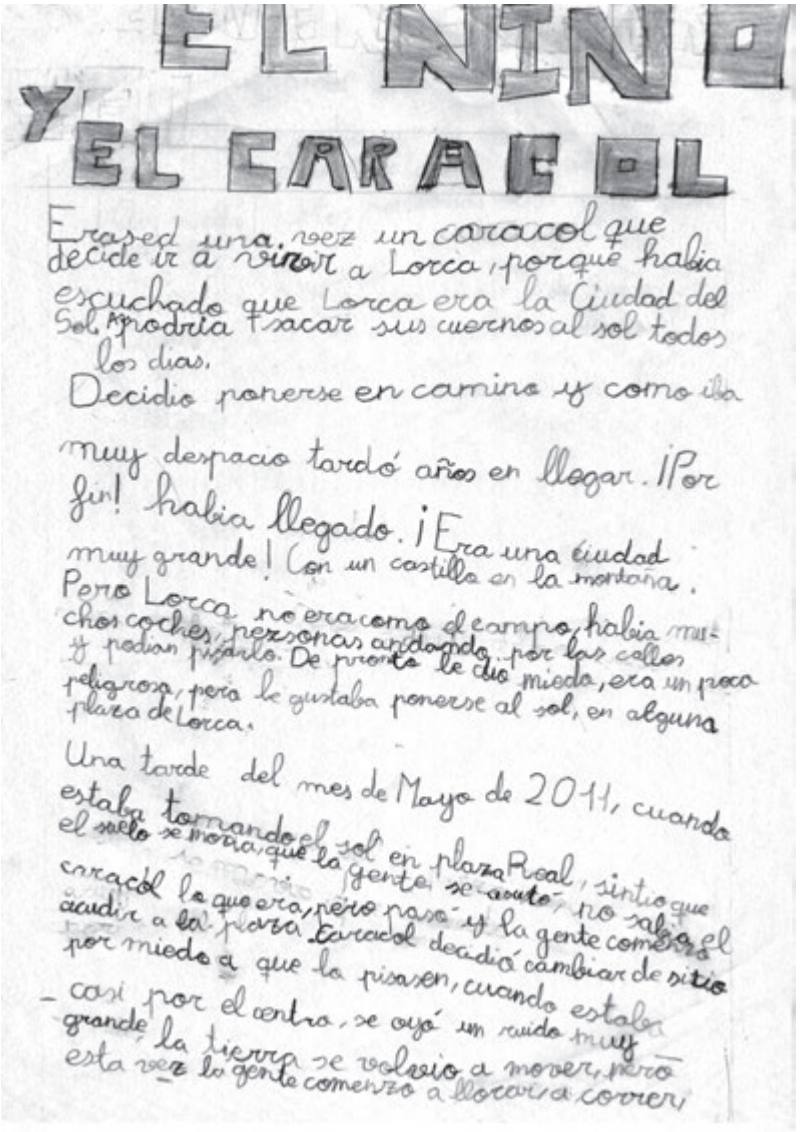
Han pasado dos años de aquella catástrofe, y la historia de Lorca en la actualidad sigue siendo un compendio de más historias: la de sus vecinos que, día a día, con su afán silencioso y su labor anónima, se esfuerzan para reconstruir la ciudad. Como escribió Italo Calvino de una de sus ciudades invisibles *"rifà se stessa tutti i giorni"*: se rehace, se reinventa cada día.

En Lorca sabemos lo que es aprender a reinventarnos. Levantar la persiana

de la frutería, repartir el periódico, devolver a la estantería de la biblioteca el libro en préstamo, saludar a los vecinos en el ascensor, encender la cafetera del bar, subirse a un andamio o a una furgoneta para ir al campo, revisar la bandeja del correo electrónico en la oficina, comprar el pan, reponer la sección de refrescos del supermercado, escribir la fecha del día en la pizarra de clase, ir al gimnasio, dormir la siesta, ver a los niños jugar al balón en la plaza… Que empecemos de nuevo cada mañana no significa que Lorca no tenga memoria. Estos pequeños gestos sin trascendencia aparente se vuelven valiosos cuando leemos los testimonios recogidos en este libro. Nos ayudan a reconstruirnos día tras día, sin olvidar lo vivido, lo frágiles que somos y lo fuertes que podemos llegar a ser en momentos difíciles.

Lázaro Giménez Cáceres,
periodista

"Érase una vez una ciudad valiente llamada Lorca…"
Salvador Martínez Román, 10 años, CEIP Sagrado Corazón

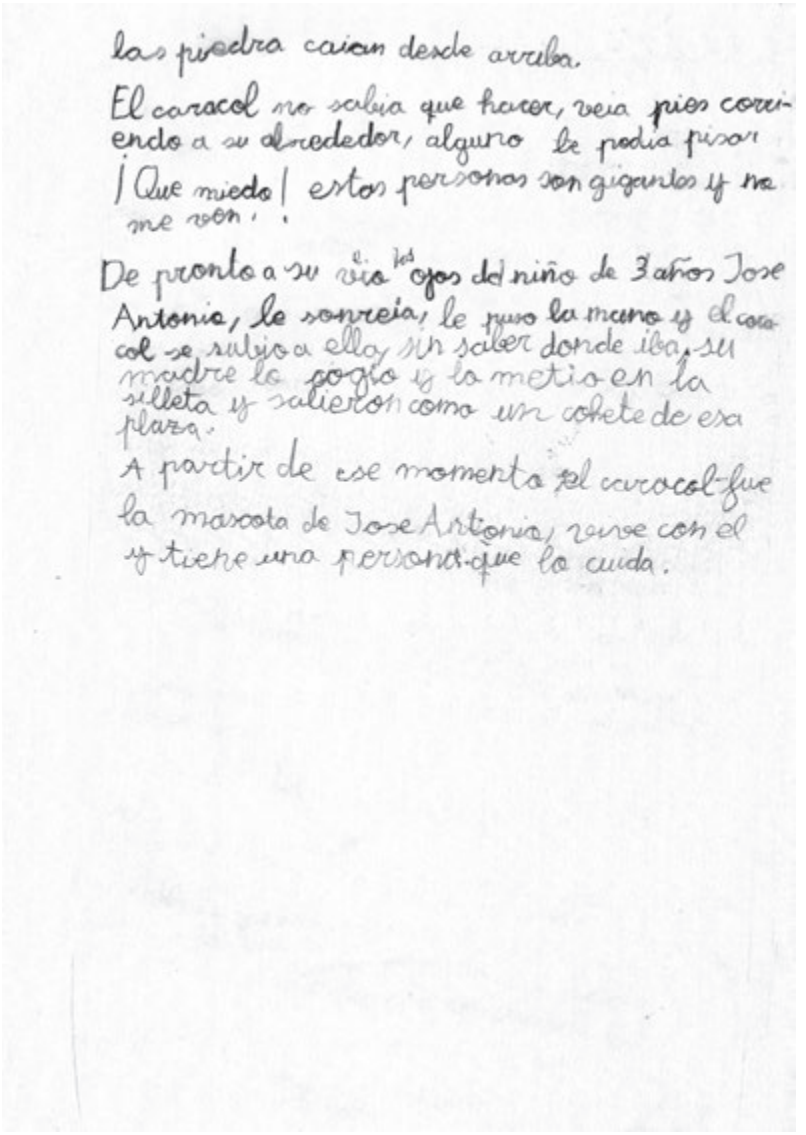


EL NIÑO Y EL CARACOL

Erased una vez un caracol que decide ir a vivir a Lorca, porque había escuchado que Lorca era la Ciudad del Sol. Podría sacar sus cuernos al sol todos los días.

Decidió ponerse en camino y como iba muy despacio tardó años en llegar. ¡Por fin! había llegado. ¡Era una ciudad muy grande! Con un castillo en la montaña. Pero Lorca no era como el campo, había muchos coches, personas andando por las calles y podían pisarlo. De pronto le dio miedo, era un poco peligrosa, pero le gustaba ponerse al sol, en alguna plaza de Lorca.

Una tarde del mes de Mayo de 2011, cuando estaba tomando el sol en plaza Real, sintió que el suelo se movía, que la gente se asustó, no sabía el caracol lo que era, pero pasó y la gente comenzó a acudir a la plaza. Caracol decidió cambiar de sitio por miedo a que la pisaran, cuando estaba casi por el centro, se oyó un ruido muy grande, la tierra se volvió a mover, pero esta vez la gente comenzó a llorar a correr



las piedra caian desde arriba.
El caracol no sabia que hacer, veia pies corriendo a su alrededor, alguno le podia pisar
¡Que miedo! estos personas son gigantes y no me ven!.
De pronto a su vio los ojos del niño de 3 años Jose Antonio, le sonreia, le puso la mano y el caracol se subio a ella sin saber donde iba, su madre lo cogio y lo metio en la cesteta y salieron como un cohete de esa plaza.
A partir de ese momento el caracol fue la mascota de Jose Antonio, juega con el y tiene una persona que lo cuida.

Javier Martínez Ortiz
Colegio Madre de Dios

El niño y el caracol

Cuento ganador de la 10ª edición del certámen de relato corto "Juan González" 2012

"Erased" una vez un caracol que decide ir a vivir a Lorca, porque había escuchado que Lorca era la Ciudad del Sol. Así podría sacar sus cuernos al sol todos los días.

Decidió ponerse en camino y como iba muy despacio tardó años en llegar. ¡Por fin! había llegado. ¡Era una ciudad muy grande! Con un Castillo en la montaña. Pero Lorca no era como el campo, había muchos coches y personas andando por las calles y podían pisarlo. De pronto le dio miedo, era un poco peligroso, pero le gustaba ponerse al sol, en alguna plaza de Lorca.

Una tarde del mes de Mayo de 2011, cuado estaba tomando el sol en Plaza Real, sintió que el suelo se movía, que la gente se asustó, no sabía el caracol lo que era, pero pasó y la gente comenzó a acudir a la plaza. Caracol decidió cambiar de sitio por miedo a que lo pisasen, cuando estaba casi por el centro, se oyó un ruido muy grande, la tierra se volvió a mover, pero esta vez la gente comenzó a llorar, a correr y las piedras caían desde arriba.

El caracol no sabía qué hacer, veía pies corriendo a su alrededor, alguno lo podía pisar ¡qué miedo! Estas personas son gigantes y no me ven…

De pronto a su [lado] vio los ojos del niño de 3 años José Antonio, le sonreía, le puso la mano y el caracol se subió a ella sin saber dónde iba. Su madre lo cogió y lo metió en la silleta y salieron como un cohete de esa plaza.

A partir de ese momento el caracol fue la mascota de José Antonio, vive con él y tiene una persona que lo cuida**.**

Elena Hernández
Bibliotecaria

Ya sosegada del apuro de llegar a tiempo, la tarde se extiende anodina, marcada por la cotidianidad. Una tarde en el salón de belleza, el sonido de los secadores, la familiar cháchara sedante, el incipiente calor de la tarde y hasta la página del libro abierto que tengo delante, adormecen. Sólo el aroma de café me recuerda el mundo de los vivos. Ya en casa, pocos minutos después el inalámbrico suena:

-¿dónde estás? (sofoco un conato de risa).

-Pues en casa, obvio, si me estás llamando al fijo.

-Enciende la televisión, Lorca está deshecha por un terremoto.

Dejo a mi interlocutor con la palabra en la boca y corro y las imágenes llegan como ecos lejanos, el tsunami informativo me aturde y sólo atino a marcar, llamo a cualquier sitio que se me ocurre, pero no sé nada de mis compañeros, de mi biblioteca, de mi media vida. Me siento a la vez culpable y aliviada. Ya muy tarde llegan los primeros mensajes y por fin me puedo acostar. A los pocos días viajo a un destino incierto. El tren se acerca a la ciudad, va tan despacio que dan ganas de apearse y echar a correr, los viajeros anhelantes se asoman por las ventanas y aciertan a ver los edificios vacilantes, parecen estar prendidos a la existencia únicamente por la mirada que dirige el espectador, en el vagón todo es silencio. El tren como una ballena varada en una playa arriba casi parado a su destino y la bonita estación que nos recibía todos los días está casi en ruinas, aun así no me lo creo. Tengo que bajar del tren para recorrer como otras mil y una veces el mismo camino, pero no es el mío, todo está herido, las fachadas, la gente, el aire, hasta la luz parece herida. Cada vez avanzo más deprisa sorteando inciertas cornisas. Enormes "Jokers" de sonrisa congelada flanquean mi paso. Cuando veo por fin a mis compañeras siento alivio y felicidad, una breve tregua antes de ver la biblioteca. Una intensa desolación y un silencio mudo nos invaden. Quisiéramos sostener nosotras mismas esos pilares y quizá sean nuestros propios deseos los que aún los mantienen en pie. Sentimos rabia, ahora sólo queda aplastar el dragón dormido que se esconde bajo nuestros pies y sofocar su aliento, con las risas de los niños en la calle, el trajín de las compras diarias, con el vaivén de los que van o vuelven del trabajo, porque no es que la vida siga, es que recién comienza.

Lola Andújar Ruiz

Es curioso como tu cerebro, cuando pasa el tiempo, diluye algunos recuerdos pero detalles insignificantes se quedan garbados a fuego en tu mente...

Me acuerdo que cuando tembló la tierra me coloqué bajo el marco de la puerta... cómo puede tu cabeza rebuscar en los recuerdos y acordarse de un simulacro que hiciste en el colegio hace mil años...

Teníamos el coche en la plaza de toros, eran las 10 de la noche y decidimos irnos a Calabardina. Al llegar a la rotonda del barrio de San Fernando había tal embotellamiento que ni en los peores días del puente de la Virgen de agosto: ¡Todos habíamos pensado lo mismo!

Los que veranean en Calabardina y trabajan allí saben que el 11 de mayo de cualquier año y día laborable se pueden contar con los dedos las personas que hay. Me imagino a los chicos de la pastelería "Katy" cuando empezó a llegar gente y no le pedían helados ni cafes, sino pan y leche y algo de comida. La cola llegaba a la calle y las televisiones repitiendo una y otra vez la famosa imagen de la iglesia de san Diego...

El regreso a la mañana siguente a Lorca fue lo peor. Ver a la luz del día el desastre. Recuerdo a la gente andando por enmedio de la avenida con maletas, entre los camiones de la UME... Recuerdo la incertidumbre y el miedo que sentimos cuando los arquitectos se acercaban a mi vivienda para evaluarla... ¿punto rojo, verde? No, amarillo... ¿eso es bueno o malo?

A los tres días, cuando al recoger algunas cosas para domir en la casa de mis suegros, me quedé un momento en la puerta de entrada, miré hacia atrás, observe mi piso y como la mujer de Lot no me convertí en estatua de sal pero me eché a llorar por primera vez.

Me acuerdo de Lorca

Mª Dolores Abellán

Noté como la tierra se elevaba bajo mis pies y escuché los gritos de mi hermanas llamando a mi madre para que saliera de casa, giré la cabeza hacia la derecha y no podía creer lo que estaba viendo: la torre del Espolón se venía abajo, la montaña parecía que se abría, una gran nube de polvo se levantaba y empezaban a caer trozos de ella.

Decenas de coches parados en el puente de la autovía, mis hermanas llorando junto a mi madre y el sonido de las sirenas que no creo que ningún lorquino se logre sacar de la cabeza.

Entré a casa y me di cuenta de que todo iba a cambiar y que nunca más volvería a dormir allí; aquel terremoto era el fin de una bonita época y ya nada sería igual. Los teléfonos estaban colapsados, todos queríamos saber de nuestras familias, amigos...

Estuvimos sacando lo imprescindible y nos fuimos a casa de mi hermana; durante el trayecto pude comprobar que aquel terremoto había hecho mucho más daño del que yo suponía.

Se respiraba miedo por todos lados y al mismo tiempo esperanza, porque todo el pueblo de Lorca fue uno, todos se ayudaban y pronto pudimos ver que España se unía a nuestro dolor... Y en seguida nos olvidaba, pero esa es otra historia.

"Lorca volverá a ser Lorca cuando suenen todas las campanas"
Andrea Escot Belmonte, 8 años, CEIP Andrés García Soler

Me acuerdo de Lorca

José Antonio Ruiz Martínez

Asustado, reconozco que lo ocurrido hace un instante es un terremoto, me sobresalta el alboroto y "chillerío" de la calle. Me asomo al balcón y contemplo el insólito espectáculo de la reunión masiva de gentes asustadas, despavoridas y dicharacheras sobre lo que han sentido. Intranquilo y desasosegado, comienzo la recomposición y pegado de los objetos violentamente expulsados hacia el suelo, por el movimiento telúrico de las estanterías y muebles.

Me encuentro sólo en estos instantes fatídicos, cuando la compañía es mas necesaria y consoladora. Me llaman voces familiares, la esposa e hijos, y me tranquiliza el que todos, aunque atemorizados e impresionados, están bien, gracias a Dios.

De nuevo, un ruido atronador, un zarandeo nunca experimentado bajo mis pies, sin saber ciertamente ¿qué ocurre?, ¿qué es?, creo que me voy a precipitar al vacío, o se me va a caer encima el techo de la estancia, pienso, mi vida se va acabar. Rápidamente mis ansias de supervivencia me hacen correr y ponerme bajo una viga protectora, veo a mi alrededor cuadros que se desploman hacia el pavimento, estanterías que desalojan libros, recuerdos y menaje, paredes que crujen al abrirse. El tiempo transcurrido aunque corto es interminable, se apodera de uno la sensación de desánimo e impotencia, el temor a lo imprevisto, a lo que puede haberles sucedido a los seres queridos. Prioritariamente hay que llamar, preguntar, reunirse y correr a refugiarse al descampado, huir hacia la tranquilidad del suelo distante, al amparo familiar y amistoso, y esperar pacientemente el sosiego de la corteza terrestre.

Todavía, después de muchos meses, sueño y me intranquilizo con estos recuerdos y emociones vividas un 11 de mayo del 2011, fecha aciaga para los lorquinos.

Ana Belén Larios Morillas

Soy voluntaria de Cruz Roja y dejé mi casa para unirme a mis compañer@s en San Diego, todo era confuso, gente por todos lados, sirenas, atascos...

Estábamos montados en la ambulancia cuando la tierra empezo otra vez a temblar, era tan fuerte el movimiento que parecia que estábamos en el mar en medio de un fuerte oleaje, vi como se caía la torre del castillo y pensaba en mi familia, si estarían bien, los teléfonos no funcionaban.Cuando empezamos a ver los destrozos en los edificios, la gente corriendo sin saber hacia dónde ir, los escombros, parecía que había estallado una bomba, era tanto daño el que había hecho que no nos lo creíamos, era impresionante ver el edificio que se derrumbó.

Nos tuvimos que ir a Murcia a trasladar a los heridos y les pedí a mis compañeros pasar por mi casa y vi a mi padre, estaban todos bien, sentí un gran alivio al saber que no les había pasado nada. La autovía era un ir y venir de ambulancias, Guardia Civil, UME, bomberos...Ya en el Huerto de la Rueda no paramos en toda la noche de repartir mantas, comida, agua...creo que como yo había much@s compañer@s que estuvimos 24 horas sin dormir o mas, pero yo por lo menos no estaba cansada, no tenía sueño, mi padre me llamó para decirme si me iba con ellos y le dije que no, me dijo que no fuese a mi casa, no se podía entrar, se tuvieron que bajar a Terreros con mi hermana, volví a ver a mi familia al día siguiente por la noche, nuestros edificios estaban en rojo y estuvimos un año de alquiler.Lo peor, los 9 fallecidos, entre ellos una amiga mía y otra amiga de mi hermana. Hasta que no lo vives no sabes realmente el miedo que se siente, en unos segundos te quedas sin nada. Gracias a tod@s l@s que nos ayudaron y nos siguen ayudando.

Por desgracia formamos parte de la historia de este país, no nos olviden...

Oumaima E. Raghay (12 años)

Estaba yo en mi casa cuando de repente oí un ruido y a continuación todo comenzó a temblar. Entonces mi madre empezó a gritar y a decirme que saliera de casa. Mi madre me cogió de la mano y empezamos a correr. Salimos fuera, a la calle, donde la gente lloraba asustada; yo también lloré. Al rato, empecé a llamar a mi padre y no contestaba; tenía miedo de que le pasara algo, pero vino y me quedé tranquila. Mientras pasaban los terremotos, lloraban los niños. Después llegarían las cámaras y los helicópteros. El segundo seísmo nos pilló a mí y a mi madre dentro de nuestra casa; yo me puse a gritar como una loca, pues no sabía si mi madre iba a seguir viva o no. Por suerte, sólo se hizo una herida en la nariz.

Cristina Gómez López

Estruendo, gritos, sirenas, miedo, ...silencio.

"Lorca, cuando más triste estés, más te quiero"
Guillermo Amate Morales, 7 años, C. San Francisco de Asís.

Me acuerdo de Lorca

Antonio García Torres

Me acuerdo de que el terremoto lo sentí en Churra, preparándome para ir a Lorca porque había habido un terremoto. Me embargó una sensación de tristeza, como un mal presagio.

Me acuerdo de que al llegar a Lorca, había mucha gente en mitad de los huertos de alcachofas, huyendo de la ciudad.

Me acuerdo de que pensé que si es que había habido una guerra por cómo estaba todo lleno de escombros.

Me acuerdo del ruido de la tierra en las siguientes réplicas.

Me acuerdo de las filas de gente envueltos en mantas, con bolsas en las manos y niños en brazos acudiendo al Huerto de la Rueda.

Me acuerdo del sonido de las sirenas en la madrugada.

Me acuerdo de cuerpos tapados entre los escombros.

Me acuerdo del edificio que se desplomó frente a mi, a pocos metros.

Me acuerdo de Diego y Verónica, un joven matrimonio que perdió todo al desplomarse ese edificio.

Me acuerdo de Amor, una gran amiga y mejor persona que conocí en ese tiempo.

Me acuerdo de que el terremoto se produjo en campaña electoral.

Me acuerdo de las promesas que hicieron unos y otros.

Me acuerdo que hay iglesias restauradas y de que hay gente que aún no tiene casa.

Me acuerdo de toda la gente "importante" que vino y ahora ya nadie viene.

Ana Cristina Sánchez Gómez

Aquella tarde de Mayo, mientras estudiaba preparándome los exámenes finales de repente comenzó todo a temblar. En el primer temblor le dije a mi madre "vaya meneíto más tonto!!!", sin ser consciente de la gravedad de la situación. Unos minutos más tarde recibo la llamada de mi abuela diciéndome que su casa estaba agrietada. Dejé mis apuntes y me dirigí a su casa a ver qué pasaba... Estando allí y mientras se escuchaba de fondo las noticias de "España Directo" informando de un posible seismo próximo, decidí dirigirme a casa de mis tíos a ver cómo se encontraban, sorpendiéndome allí el segundo temblor... el polvo no permitía apenas ver con claridad, los gritos de la gente eran de pánico e incertidumbre al no saber qué iba a pasar esa tarde de mayo en Lorca,.... Sentí verdadero terror al no poder localizar a una prima de 16 años que había ido a la residencia de San Diego para ayudar a desalojar, cuando cayó parte del campanario y cabeza de San Diego... Sentí una impotencia y desaliento que no me dejaban apenas respirar al pensar que había pasado lo peor... Me dirijí a mi casa donde se encontraba mi madre y recibo la noticia de que mi hermano estaba por la avenida Juan Carlos I y no contestaba a las llamadas telefónicas... Aún me emociono al recordar esos minutos que se hicieron eternos, al querer tener localizados a tus familiares y no poder por problemas de línea telefónica... Mi padre que vino del trabajo atemorizado se encontró con los tres fallecidos junto al parque de San Diego y le entró un ataque de pánico al no saber cómo estábamos en casa... Me impresionó la imagen de mi padre subiendo la cuesta hacia mi casa sin apenas aliento para hablar... Cuando conseguimos "calmarnos", o algo parecido, nos informó la policía y voluntarios que nos dirigieramos hacia descampados y lugares despejados. Estando en el parque "la petanca", nos mirábamos unos a otros sin saber qué hacer y con el temor de otro posible seísmo sobre el cual ya se especulaba... Al estar la casa de mi abuela cercana al parque, decidió ir a por ropa de abrigo, encontrándose con un "loft", es decir, su casa había perdido las paredes y el edificio estaba en peligro de derribo... Al ver mi abuela su casa, la ilusión de su vida, se deshizo en lágrimas y palabras de desesperación... Una vecina, madre de una de las fallecidas, dijo a mi abuela "madre mía, estoy llamando a mi hija y no me coge el teléfono", desconociendo la situación de la muchacha. Tras unas horas sin saber qué hacer en el parque, decidimos dirigirnos hacia una casa de campo donde estuvimos 15 días un total de 12 personas. Esos 15 días entre viaje y viaje a Lorca, la situación sentimental era peor, al ver cómo estaba todo... casas

caídas, personas durmiendo en la calle y coches,... un desastre!

Bueno, tras toda esta retahíla, cabe decir que fue un momento que a todo lorquino que viviera esa situación nos va a costar olvidar, y que fueron unos momentos en los que se sentían tantas cosas que no podría describirte ninguna en especial... era un cúmulo de sentimientos de tristeza, impotencia, incertidumbre, desorientación,....

Por último quería dar las gracias al cuerpo de la UME y a todos los profesionales que se encargaron de desalojar, ayudar... porque si no hubiera sido por el trabajo de todos ellos, la situación hubiera sido aún peor.

Saludos y apoyo también a las víctimas y fallecidos de aquella oscura tarde de Mayo.

Antonio

Me acuerdo de unas galletas María que me dio un bombero, casi a las cinco de la madrugada.

Me acuerdo de que acompañé, junto con un bombero, a una mujer a su piso (código rojo) para que recogiera lo que pudiera.

Fue muy difícil subir a su casa pues la escalera estaba partida y llena de escombros.

Cuando llegamos a su puerta, me soltó la mano un poco avergonzada. No me dí cuenta de que me la había cogido.

A pesar de que llevaba una lista de lo que debía coger, no atinaba a hacerlo. Se quedó en mitad de la cocina quieta, sin saber qué hacer. Bloqueada. Fuimos leyéndole la lista y ayudándola a guardar las cosas.

Nos pidió perdón por el desorden, por tener los platos sin fregar y todo por el suelo…

Nos reímos los tres por el comentario. Qué menos que haya algo por el suelo tras un terremoto así.

Me acuerdo de un cascote que cayó a mi lado, poco antes de que Zapatero pasara por allí mismo.

Me acuerdo de que la primera víctima del terremoto que vi, fue un gato malherido entre escombros, en el interior de una escalera. Se me rompió el corazón al no poder hacer nada por él.

Me acuerdo que eso fue de lo más "blando" que vi. Conforme entraba en Lorca fue peor.

Me acuerdo de que mis compañeros de aquellas horas, fueron los mejores que pude tener y tengo.

Me acuerdo de que aquellos recuerdos, hoy son buenos recuerdos a pesar de tanta muerte y destrucción.

"Lorca no tirites más, nosotros te arroparemos"
Marisol Perán Fernández, 9 años, CEIP Andrés García Soler.

Margarita García Hernández

El pasado 17 de Noviembre, envié una candidatura a los premios Pie Derecho 2011 de Cadena 100 para que en dicho acto reconocieran el enorme valor de los sacrificios realizados por los miles de voluntarios que ayudaron y siguen ayudando a Lorca desde aquel fatídico día del 11 de Mayo.

Dicha candidatura no resultó elegida, pero creo que el relato que en su momento escribí, intentando contener aún las lágrimas al recordar lo sucedido, merece la pena compartirlo con los demás.

A continuación detallo dicho relato, tal cual fue enviado a Cadena 100:

"Buenos días,

Quisiera presentar una candidatura a los premios "Pie derecho 2011" de Cadena 100, pero se trata de una candidatura algo especial, no se trata de una persona concreta que haya hecho algo extraordinario sino más bien de cientos de personas cuyo esfuerzo y ayuda desinteresada fue extraordinaria el pasado 11 de mayo en Lorca... La candidatura que quisiera presentar es la de, como los conocemos ya en Lorca, los voluntarios del 11 de mayo cuyas actuaciones contribuyeron a disminuir el alcance de la tragedia vivida en nuestro municipio a consecuencia de los 2 terremotos que arrasaron nuestra hermosa ciudad, Lorca, esa fatídica tarde.

Poco se ha hablado en la prensa de lo que pasó aquel día y cómo se encuentra nuestra ciudad desde entonces, más allá de las imágenes de la caída del campanario del Santuario de nuestra Patrona la Virgen de las Huertas. ¡Ojalá los efectos de los dos terremotos se hubieran reducido solo a eso!, la realidad fue muy distinta. Tras los dos terremotos el pueblo lorquino se lanzó a las calles en busca de parques y descampados donde poder refugiarse de la caída de cascotes y posibles derrumbes de edificios, ante el temor de que volvieran a repetirse los movimientos sísmicos. Miles de personas pasamos esa noche del 11 de mayo a la intemperie esperando noticias, salimos con lo puesto, sin mantas, abrigos, radio... nada, en esos momentos lo único que pasaba por nuestra mente era ponernos a salvo. Las líneas telefónicas estaban colapsadas pues todo el mundo intentaba llamar a sus familiares para asegurarse de que se encontraban bien, ante los rumores de que había habido varios muertos, al igual que se encontraban las entradas y salidas a Lorca pues mucha gente intentaba huir despavorida de la tragedia. Esa tarde estará por siempre en la mente de los lorquinos...

Pero en medio de la tragedia siempre surgen cientos de héroes anónimos,

como hemos visto a través de televisión cuando el terremoto de Japón, Chile o Turquía... Y así sucedió en Lorca, el 2º municipio más grande de España, desde esa misma tarde del 11 de mayo en la cual en cuestión de horas vinieron cientos de voluntarios de toda la región de Murcia y otras comunidades autónomas: ONG como Cruz Roja y Cáritas, Protección Civil, Bomberos, Cuerpos de Policía Local y Nacional, la UME, médicos y enfermeras, arquitectos e ingenieros... y muchísimos lorquinos con afán de echar una mano en medio de esa caótica situación. Con el segundo terremoto un edificio de viviendas se derrumbó, sepultando a varios propietarios debajo del mismo; inmediatamente tras el estruendo vecinos y transeúntes montaron una cadena humana para comenzar a quitar escombros e intentar sacar con vida a dichas personas mientras llegaban los servicios de emergencia. A pesar de la existencia de un escape de gas, dicho esfuerzo dio su fruto al conseguir sacar con vida a varias personas, entre ellos dos niños, pero lamentablemente hubo una fallecida intentando evitar que su dos pequeños murieran aplastados. El Ayuntamiento activó el plan de emergencia de la ciudad y aconsejó que nadie volviera a sus viviendas de momento, la UME acompañados de arquitectos e ingenieros voluntarios comenzaron a recorrer las calles de nuestra ciudad revisando el estado de las viviendas. ¡Demasiados fueron los edificios que ya esa misma tarde estaban al borde del colapso y ya se alarmó del peligro por la posibilidad de su inminente derribo!, de algunos de dichos edificios miembros de la UME tuvieron que salir corriendo al oir los crujidos de su estructura y temer que éste se pudiera derrumbar sobre ellos, pero había que entrar para comprobar su estado para que la gente pudiera regresar a sus casas y en caso de peligro inmediato desalojar a quien pudiera estar dentro. A partir de las 6 de la madrugada se había realizado una evaluación preliminar de la mayor parte de las viviendas localizadas en la zona donde los seismos habían tenido mayor influencia y los vecinos pudimos comenzar a regresar a nuestras casas, ¡los que aún teníamos casa!, aquellos que la habían perdido se les orientó al campamento de refugiados ubicado inicialmente en el centro de la ciudad, en Santa Quiteria, donde se les proporcionaría comida, mantas y una tienda de campaña donde poder dormir, y donde cientos de voluntarios hacían turnos para preparar y repartir comida y atender a esas personas.

Desde el día siguiente al 11 de mayo, muchos fueron los actos de solidaridad que nuestro municipio ha recibido, de "fuera" y de los propios lorquinos, y confiemos en que no paren. Comenzaron los desalojos y derribos de edificios de viviendas, en muchos de ellos no se podía acceder a las viviendas por las

escaleras por lo que el ayuntamiento prestó el uso de plataformas elevadoras para poder acceder a las mismas a través de las ventanas, contando con 15, 30 o 60 minutos según la importancia de los daños que presentaran los edificios y donde sólo podía entrar una persona. ¿Qué recogerías de la casa donde has vivido durante años en 15 minutos sabiendo que nunca más volverás a ella y no podrás recuperar nada de lo que allí dejes: tus recuerdos (si consigues centrarte y recordar donde están las fotografías de tu familia), dinero porque no sabes qué será de tí de ahí en adelante, ropa...? Hay que verse en esa horrible situación para saber lo fustrante que puede ser. ¡Muchas personas ni siquiera contaron con esos escasos 15 minutos ante el riesgo inminente de derrumbre! no pudiendo recoger nada de su casa, nada... Otros contaron con días para desalojar y te emocionaba ver a tus vecinos de toda la vida echándole una mano para sacar los muebles que pudieras porque mañana tiraban tu casa y haciéndote hueco en sus también maltrechas casas para dormir los próximos días y poder guardar lo poco que habías podido recuperar... Junto a cada derribo te encontrabas a los propietarios llorando mientras veían cómo la excavadora iba rompiendo "bocado a bocado" su casa, donde habían hecho su vida hasta aquel día. Hubo muchas lágrimas esos días en Lorca. Este corto muestra cómo se vivió dicha tragedia desde los ojos de un par de niñas lorquinas: http://www.vecinoslorca.com/2011/09/29/corto-animado-del-terremoto-de-lorca/

El balance inicial de los terremotos del 11 de Mayo fue: murieron 9 personas, 300 resultaron heridas, más de 8.000 damnificadas que han sufrido la pérdida de sus hogares debido al derribo de 260 viviendas, y la promesa de ayudas para reconstruir y reparar las viviendas. Pero dicho balance desgraciadamente aún no es definitivo. Ayudas del Estado y la Comunidad Autónoma que a día de hoy (6 meses después) aún no han llegado a los afectados, no para los que no tenían seguro, Lorca está llena de solares donde antes había viviendas, hay numerosas viviendas abandonadas porque los propietarios no tienen dinero para hacer frente a su arreglo, otras en las que se han descubierto daños estructurales importantes después de que finalizara el plazo de derribo dado por la Comunidad Autónoma, Institutos dañados que han tenido que ser demolidos y realojados a los alumnos en otros cercanos...

Pero los lorquinos somos conscientes de que toda esta tragedia hubiera sido mucho mayor si no hubiésemos contado con el apoyo y la rápida actuación de los voluntarios del 11 de mayo.

El texto supera las 20 líneas de longitud que piden en este proyecto, pero creo que el mismo escenifica bastante bien la magnitud de lo ocurrido aquel día.

Lorena Manzanares Martínez (11 años)

En el primer terremoto estuve en casa con mi madre. Nos bajamos a la calle con los vecinos. Cuando sentimos que era un movimiento sísmico, nos fuimos a coger nuestros animales y llamamos a mi padre que estaba en casa de mi abuela; después fuimos a recoger a nuestros abuelos para irnos a Águilas, donde pasamos cuatro días. Después nos fuimos a casa de mi otra abuela, allí vivimos durante siete meses mientras se arreglaba nuestro edificio, con nuestro primos también. Estábamos muy a gusto pero teníamos muchas ganas de volver a nuestra casa. Cuando finalizaron los arreglos, regresamos.

Abdeljabbar Alim Harour (15 años)

Un día, el 11 de mayo de 2011, en Lorca tuvieron lugar dos terremotos. Toda la gente estaba asustada. La primera sacudida fue de advertencia de lo que vendría después; la gente no se preocupó mucho y dijo: «no pasa nada, no volverá a pasar». Ese terremoto fue de escasa magnitud. A mí me pilló en el locutorio donde trabaja mi padre, conectado a Internet, cuando de repente retumbó todo y todo el mundo salió a la calle para ver qué es lo que había pasado, pero se despreocuparon y todo el mundo fue a lo suyo. Yo me fui a entrenar a la Torrecilla y en cuanto terminé ocurrió el segundo, aún más fuerte. Me preocupé y me fui rápido a mi casa; toda Lorca estaba destrozada. Todos los habitantes de Lorca estaban bien, pero asustados, muchos perdieron sus casas, ahora en reconstrucción. Nos fuimos todos a un parque donde pasamos la noche. Ojalá no vuelva a pasar nunca más.

"Cada sonrisa ahuyenta un llanto, haz aparecer sonrisas en Lorca"
Marta Fernández Díaz, 11 años, 6º EP, CEIP San Fernando

Miembro del Servicio de Emergencias

Desde el Servicio de Emergencias, un día más de servicio como muchos otros estábamos revisando unos materiales. Quién me iba a decir que me iba a marcar de por vida ese día. Llegó el primer terremoto, un terremoto más, pero más fuerte de lo normal, entrando en la ciudad nos dimos cuenta de que no había sido otro, gente asustada, algún desprendimiento pero aceptable para lo que nos esperaba. La gente nos paraba y nos preguntaba, qué decir, pues un poco de sentido común e intentar calmar a la población. En la rotonda de la Viña nos comunica Policía Nacional de una cornisa peligrosa en la esquina del antigua John Deere. El destino eligió ese edificio, y por qué no el de enfrente, el que colapsó, pienso que no era nuestra hora, teníamos que salvar/ayudar a nuestro pueblo. Ya en dicho edificio, mi compañero se dirigió a quitar nuestro vehículo para que no cayera nada encima, me subí encima del muro para llegar a la parte de abajo y... Dios!!! salté del muro, me fui al centro de esa terraza, pensando que en cuanto colapsara lanzarme a una plancha de hormigón para poder salvarme. Paró y bajé las escaleras de 7 en 7, no había pasado tanto miedo en mi vida, llegué a la calle y vi una gran nube de polvo a mi derecha me fui a la rotonda de la Viña, y vi un muro donde estaba hasta hace 30 segundos en el suelo. Lo peor de todo, una imagen que no se me ha olvidado y no se me olvidará, un chico joven tirado en el suelo, Raúl. Todo era un caos, ayudé a alguna gente que sangraba. Un edificio ha colapsado, ¿qué? gritaba mi compañero, fuimos rápidamente para el lugar, la gente gritaba, hay niños enterrados, aquí. Llegando, otra imagen difícil de olvidar, una madre heroína, llegando un sssss olor a gas. Empezamos a quitar cascotes de una zona donde se suponía que estaban los niños, gracias a la colaboración de varios ciudadanos podíamos sacar al primero, seguimos hasta localizar a su hermano. Tapamos a su madre. Un chico nos comunicó que sus padres estaban dentro del edificio. Escalamos hasta localizarlos, estaban atrapados de cintura hacia abajo, con paciencia empezamos a quitar cascotes, era difícil ya que las paredes/suelo estaban inclinadas y no se podía pisar. Se rescató primero a Ángel, luego a su padre y por último a su madre.

Lo peor de esto es que estás ayudando a la gente pensando en tu familia, ¿estarán bien, estarán vivos? A la 2 horas pude localizarlos. Gracias a mi familia por apoyarme y darme libertad en seguir ayudando, ya que nos los vi hasta pasados 2 días.

María Jesús Juan

En Murcia…

Tengo aquella tarde grabada en la memoria aunque no fui consciente hasta muchas horas después de lo que estaba pasando.

Asistía a un curso sobre Bibliotecas Escolares y sentimos el terremoto en el sótano donde dábamos clase en un conocido IES de Murcia, tengo a fuego marcado en la memoria su sonido...

Al momento las líneas de teléfono se colapsaron y todos nuestros compañeros de Lorca salieron casi corriendo del recinto. ¡necesitaban reunirse con los suyos!

Por el susto del temblor se suspendió la sesión y nos fuimos todos para casa.

Abrí la puerta. Me descalcé al entrar, encendí la tele y vi las imágenes aturdida aún, me vino a la cabeza una Italia devastada reciente y al principio las miré como si no fueran conmigo. Estuve hasta bien tarde conectada a las redes sociales pendiente de cualquier novedad. ¡No me podía creer lo que estaba ocurriendo a menos de 100 kilómetros!

Tiempo después visité Lorca, me senté en sus terrazas y hablé con sus gentes. Vi con mis ojos a una ciudad que pedía a gritos salir del desastre y volver a recuperar su patrimonio, sus calles preciosas, la alegría de sus edificios y la de sus habitantes y me propuse, desde la pantalla del ordenador desde la que ahora os escribo, poner siempre que pudiera mi pequeño granito de arena como profesora y escritora que empieza… espero que os ayude y lo consigáis.

Andrés Meca Soto

Hubo dos temblores... el primero iba en bici por el río y sólo escuchamos un estruendo que creíamos que era un barreno de las canteras del Gigante al no ver aviones que hubieran podido atravesar la barrera del sonido. El segundo, hablando por teléfono con M.ª Isabel que comprobaba los daños que había habido en su centro, en la puerta de mi edificio; al estruendo, la ola del suelo y las sirenas de las alarmas de los comercios salté al centro de la calle y me vi rodeado de cascotes que habían caído del edificio contiguo al nuestro, gente gritando y tres cuerpos en el suelo... Rafa y yo nos miramos y nos pusimos a dirigir el tráfico en la esquina del Huerto Ruano para posibilitar que las ambulancias pudieran llegar donde estaban los heridos.

Juan vino a decirme que teníamos que bajar a su madre y su tía desde el tercero, ambas en sillas de ruedas, las bajamos y las llevamos al jardín del Huerto Ruano.

Por la ventana del quinto asomaban mis suegros, aprentemente bien, corrí a por ellos que bajaban las escaleras del edificio Venus , al poco aparecieron Ana y Mª Isabel que había podido llegar con el coche por la avenida que comenzaba a colapsarse de tráfico... un voluntario de Cruz Roja llegó gritando al Huerto Ruano: "todos al Huerto de la Rueda"... "Hay que alejarse de los edificios de la avenida"...

“Nuestro corazón tembló para hacerse más grande”
Lucía Perán Fernández, 6 años, 1º EP, CEIP Andrés García Soler.

Me acuerdo de Lorca

Francisco de Asís Veas Arteseros

Estaba en mi despacho, preparando las clases del día siguiente y la radio de fondo murmulleaba sobre no recuerdo qué, cuando de pronto todo empezó a moverse y el silencio se extendió por todas partes. Uno de tantos, pensé, y me levanté para asomarme por la ventana y ver que no había pasado nada y todo parecía normal.

Volví a mis quehaceres convencido de que ya había pasado, pero fui sacado de la "normalidad", cuando un locutor dejó caer la noticia de que en Lorca se había producido un terremoto, al parecer con cuantiosos daños materiales. Desde ese momento el desgrane de noticias que segundo a segundo informaban sobre el suceso fueron ampliando las noticias y aparecieron, por desgracia, las primeras víctimas inocentes, como todas las que después siguieron, de aquel propasado y desmedido gesto de la Naturaleza.

Lo dejé todo y comencé a llamar por teléfono, una, dos, mil veces....y la respuesta era el silencio. Imposible comunicar con familiares y amigos, mientras esa situación de impotencia y las primeras imágenes del televisor no hacían sino que mi mente trabajase imaginando lo que, por suerte no fue, ya que la imaginación fue más allá de la realidad, aunque esa realidad fuese, ciertamente, inimaginable y muy dolorosa. Recuerdos de toda clase se agolpaban en mi mente: juegos de niñez en la Corredera, Callejón de los Montieles, Calle Alta o en la Calle Cueto, ¿existirán todavía esas calles o mejor las casas, casi todas abandonadas hace años?, imágenes de aquellos a los que hace mucho que no veo y acaso no vuelva a ver, a poco que el destino se empeñase..... Tristeza por todo y por todos.

Vuelta al teléfono y vuelta a lo mismo. El consuelo es que los lorquinos de aquí estaban igual que yo. Impotentes, desconcertados, afligidos y deseosos de saber qué pasaba, sin poder saberlo.....Una de las desventajas de la lejanía es esa, que las noticias cuando llegan lo hacen tarde y mal, eso cuando llegan. Sin embargo, me sentí muy unido a mis paisanos, como nunca lo había estado.

Ignacio Navarro-Soto Mínguez

No estaba en Lorca, pero lo viví como un lorquino más. Ya tenía necesidad de siesta y esa tarde Almería me dió la oportunidad. En pleno sueño, la llamada de un hermano me despertó. Y cuando me dijo "acaba de haber un terremoto muy fuerte", me levanté de golpe. Tras animarle, fui a dar una vuelta en bici para huir del susto, con un compañero de piso, también de Lorca. Al poco recibí otra llamada, de un compañero de facultad: "acabo de ver en la 1 cómo se derrumba una iglesia en Lorca. Y pone que el castillo se ha caído también". No me lo podía creer. O no me lo quería creer. Me fue informando de todo conforme lo veía. Pero tenía más llamadas. Mis padres, para contarme que unos minutos antes venían de donde cayeron rocas enormes y que por poco no estaban en el ascensor de mi casa, inhabilitado 9 meses. Mis dos hermanos estaban juntos tomando una tila mientras vieron incrédulos, entre polvo y escombros, como Lorca se derrumbaba de nuevo. Todo era confuso, decían. La gente deambulaba entre ambulancias. Llegué a mi piso (de Almería) y vi como Lorca era protagonista en todos los canales. El teléfono no cesaba. Al día siguiente, cuando los míos habían dormido al raso en el Huerto de la Rueda, puse el telediario para ver cómo amanecía mi ciudad y escuché una voz que me resultaba familiar. Quien hablaba no era otro que mi padre comentando cómo lo había pasado. Mientras, aparecía mi madre con mis hermanos, unas mantas, y un chusco de pan. Parecía la típica y triste imagen que vemos tras las catástrofes y guerras que parecen tan lejanas. Pero no acabó allí la cosa. Mis hermanos también dieron voz a ese noticiario nacional. Y cerró la noticia, como no podía ser de otro modo, mandándome saludos y sacándome una gran sonrisa tras unas duras horas de sufrimiento, dolor y pena. Por todo esto, me acordaré y me acuerdo de… ¡mi Lorca!

Cristóbal Pérez Belmonte

Tristeza en Lorca

Tanto pánico sufrimos
el día del terremoto
que aún en mis entrañas noto
la odisea que vivimos.
Todos corriendo salimos
buscando el espacio abierto
en medio del desconcierto
y el caos que se vivía.
¡Y oyendo que se decía
que algunos habían muerto!
¡Oh! Lorca que te hallas triste
a causa del terremoto
que tus pilares ha roto
y sobre tu pie caíste.
Lorca qué pavor le diste
a los que han sobrevivido
como a los que han perecido
por desgracia en el escombro.
¡Lorca que llorando nombro
porque estoy entristecido!

Rita Pérez Ros

Parecía como si alguien nos observara desde arriba, y decidiera rompernos, como cuando partes una galleta, así rompió el sureste de la península.

Y Lorca como la más valiente y diminuta de las hormigas que avanza por el dedo del gigante, para asestar el golpe de gracia que lo paralice y le haga gritar ¡Ostras! ¡¡maldita hormiga, me ha picado!! Provocando su inmediata retirada y nuestra victoria, así viví yo aquel día.

"Entre todos construiremos una nueva Lorca"
Antolín Periago Vega, 7 años, 1º EP CEIP Madre de Dios

Me acuerdo de Lorca

Pedro Lizarán Campos

Cuando ocurrió el primero de los terremotos yo me encontraba haciendo un curso en la Universidad de Almería, llamé a mi padre para ver si había habido daños, pero él se encontraba fuera de Lorca y lo único que sabía era que había habido otro y que este último era más fuerte. Avisé de esto a compañeros de Lorca que estaban haciendo el curso conmigo y empezamos a llamar a nuestras familias. Todos los teléfonos estaban sin señal, las líneas estaban colapsadas. Unos minutos más tarde mi hermana consiguió llamarme muy nerviosa, y fue cuando me di cuenta de lo que había ocurrido en Lorca. Me decía que se encontraba en la Corredera rodeada de escombros por todos lados y que veía la torre de San Francisco que parecía que estaba a punto de caer. Quedé en un estado pensativo, diciéndome a mi mismo que eso no podía estar ocurriendo, no a mi ciudad. Estaba a más de 150 km de mi casa, en la Universidad de Almería y sin poder ver imágenes de lo que había pasado hasta que llegué a mi piso. Esa misma noche fui al paseo marítimo de Almería, donde nos encontramos para hablar los cuatro chicos de mi clase que éramos de Lorca. Hasta las diez de la noche no supe que toda mi familia estaba bien. Al día siguiente fuimos a hablar con el rector de la Universidad para hacer un concierto benéfico para los damnificados ya que éramos de la carrera de Magisterio Musical. Nos dio toda su ayuda y su apoyo. Estuvimos tres días sin parar de vender entradas por todo el campus, donde acabamos agotados física y psicológicamente. Pero mereció la pena. El día 19 de Mayo de 2011 se realizó el concierto donde recaudamos 2000 euros para Lorca. Esa misma tarde, una semana después y un día después, volví a Lorca, tocaba ver con mis ojos, todo lo que al principio me costaba creer, todo lo que había visto por la televisión.

Miguel Navarro Sánchez

De esa tarde es imposible no recordar el trabajo que hicieron los trabajadores del Hospital Virgen del Alcázar de Lorca, quienes minutos después de que el segundo estruendo nos sacudiera, y bajo las ordenes de la dirección, procedieron al desalojo inmediato del hospital.

Fue emocionante ver el cariño y la profesionalidad con la que trabajadores, familiares de trabajadores, familiares de pacientes y todo aquel que pasaba por allí, colaboraron para poder sacar al patio de los colegios que hay frente al hospital a pacientes que, en algunos casos, llevaban sin salir del centro varios años.

Allí estuvieron durante varias horas hasta que los Servicios de Emergencia organizaron la evacuación de los enfermos hasta otros hospitales de la región de Murcia.

Fueron momentos en los que todas las personas que estaban allí se olvidaron de sus situaciones particulares, en muchos casos dramáticas también, y pusieron todo su ánimo y su esfuerzo en conseguir que los enfermos que estaban en el patio esperando a su ambulancia, estuvieran en unas condiciones sanitarias óptimas y no decayeran en su ánimo y su fuerza.

Así consiguieron que tras varias horas y con la colaboración de los Servicios de Emergencia, todos los enfermos fueran evacuados en ambulancia sin que hubiera que lamentar desgracia alguna, más allá de las propias desgracias que el fatídico terremoto trajo en sí.

Por todo aquello y mucho más, gracias.

Un lorquino.

Sandra Milena

En muchos años era la primer semana que me quedaba sola en casa .... maldito día en que tomé esta decisión, pues no sabía que viviría los peores momentos de mi vida. Ya sé que la gente me dice: "pudo ser peor" y soy consciente que las familias que perdieron a un ser querido se llevaron la peor parte. Yo no perdí mi casa pues vivía de alquiler, pero tuve que marcharme de un día a otro porque el piso se caía poco a poco; eso no cuenta en las listas pues somos muchos que pasamos a un segundo plano por el solo hecho de no ser propietarios...

Pero ¿no cuenta que los nervios los tenemos al limite ? un golpe o un ruido fuerte nos despierta y nos persigue un pensamiento: ¿ y si sucede otra vez ? yo vi cómo una persona perdía la vida fuera de mi casa al caer parte del edificio encima cuando intentaba como todos ponerse a salvo (pude ser yo), no sabíamos que al correr fuera al contrario de ponernos a salvo corríamos más peligro ...no sabíamos porque en esos horribles momentos no sabes qué es lo mejor, no sabemos qué pasa y en lo único que pensamos es en volver a ver a nuestros familiares, los teléfonos se bloquean, la gente se olvida de los "amigos" y todo es caos.

Rossi

Yo me acuerdo de ese día después del terrible temblor a las 19 horas… todo el mundo correr en todas direcciones con ruido y polvo por todas partes a donde mirases. me acuerdo de esa señora que venía como buscando a nadie, se me ocurrió acercarle la mano como para que se viniese al otro lado de la calle y se me abrazó como si yo un familiar fuese, aún se me ponen los vellos como escarpias....de esos dos mellizos de tres añitos diciéndole a su mamá que querían ver de nuevo a su familia… aquel padre poniendo su vida en peligro porque su bebé de días tenía que tomar la leche y estaban en la calle sin nada; subió al piso, se bajó una botella de 1,5 litros de agua y los polvos y con el agua a temperatura ambiente mezclar los polvos y dárselo… todos nos mirábamos con caras de espanto de no saber qué pasará, escuchando los fallecidos tanto por un lado como por otro, y no sabías si donde estabas, el próximo eras tú, es algo que nunca se olvidará, que te deja marcado para el resto de tu vida…

"Volveremos a verte brillar mi querida Lorca monumental"
José Mª Fernández García, 11 años, CEIP San Francisco de Asís

Francisco Clemente López

En esa fatídica tarde me dirigía a la Universidad Popular cuando a la altura de la iglesia del Carmen sobrevino el primer temblor. La gente salió a la calle un tanto asustada pero comentando "este ha sido un poco más gordo que los otros".

Ni se me ocurrió pensar que podría haber una réplica o un segundo terremoto aún mayor por lo que fui a clase. Allí nos recibió la secretaria diciendo que se habían abierto unas pequeñas grietas sin importancia que si queríamos tener nuestra clase no había ningún impedimento. Como la "maestra" estaba allí y varios alumnos más pues decidimos dar la clase. Hacía escasos segundos que había mirado el reloj (la clase terminaba a las 7) cuando oímos como un bramido junto con una explosión lejana al mismo tiempo que el suelo temblaba y el techo de escayola empezaba a caer. Instintivamente nos lanzamos al suelo y en esa posición oímos cómo la reja de la ventana chirriaba y salía impulsada como por un muelle unos 20 metros hacia la calle (gracias a Dios que no fue para adentro).

Cuando cesó el movimiento, a nuestro desconcierto se añadió que no podíamos abrir la puerta porque estaba bloqueada por los restos de escayola. Cuando pudimos salir nos encontramos con la secretaria y el resto de alumnos muy preocupados por nuestra tardanza.

Después de comprobar que todos estábamos bien pensé en mi familia y salí corriendo hacia donde vivía mi madre (digo vivía porque la casa tuvo que ser demolida; los muros de carga se agrietaron, los maderos salieron de su sitio y el tejado se desplazó). La encontré en la calle junto al resto de vecinos con el pelo lleno de tierra y polvo dando gracias de que el alero del tejado que se desprendió no le cayera encima.

Quisiera tener en estos momentos un pensamiento para todos aquellos paisanos que perdieron a algún familiar en estos sucesos porque esa sí que fue la verdadera tragedia, los edificios se reparan pero una vida perdida no se recupera.

"Extiende tu mano, siéntete útil, merece la pena"
María Sánchez Lario, 10 años, 5º EP CEIP San Fernando.

Pedro Enrique Llamas Fernández

Eran cerca de las doce de la noche. De esa Noche. Horas antes mediante alguna llamada y mensajes de móvil estábamos preparados en el Grupo Scout Ciudad del Sol de Lorca para hacer lo que fuese necesario para aportar nuestra ayuda al Pueblo de Lorca tras ofrecernos al Ayuntamiento para lo que fuera necesario. Gracias a quien fuera todos en la Familia Scout salimos indemnes del percance. Nos encaminamos una treintena de scout a la sede del Ciudad del Sol. La llamada para movilizarnos la habíamos recibido. Conseguimos dos furgones para poder trasladar el material de campaña al barrio de La Viña. Protección Civil había montado un pabellón e iluminación. Nosotros instalamos nuestros cuatro pabellones de campamento, con el suelo de moqueta sobrante del Festival Nacional de la Canción Scout que días antes reunió a 3.500 personas en el Castillo. Nuestros pensamientos nos llevaban a esos días dando gracias de que no hubiera ocurrido precisamente ese fin de semana.

Recuerdo que tuvimos que atravesar una ciudad desierta, en silencio, jalonada de escombros y varios controles policiales impidiendo el paso. La pañoleta que portábamos creíamos que nos habría paso. Realmente era la contraseña que nos indicó la Policía Local de Lorca.

Por dos veces tuvimos que atravesar la ciudad. Desde la Viña hasta nuestra sede. Lo hicimos por una calle Corredera que se convirtió en improvisada autopista. El casco antiguo era intransitable.

Durante cuatro horas estuvimos allí, terminando nuestra labor. Durante ese tiempo el silencio era lo más dantesco. Saber que miles de vecinos dormirían al raso, bajo las estrellas, como tantas veces hemos hecho en nuestra vida scout nos producía una extraña sensación interior.

Unos pocos del Grupo Scout Ciudad del Sol, esa noche, estuvimos allí. Tal y como nos enseñaron otros antes. Siempre listos para servir es una máxima del escultismo. Muchos no pudieron acompañarnos esa noche pues estaban desplazados o pendientes de sus familias pero estaban allí con los que pudimos hacerlo. En nuestras pañoletas, en nuestros corazones, en nuestras mentes.

Durante los días siguientes, semanas, meses, tras esa noche estuvieron. Voluntarios en distintos quehaceres. Primero en las instalaciones de Agroter, desde el minuto uno organizando los alimentos. Después en Santa Quiteria, en la Plataforma de Voluntarios 30800 creada. Esperemos que no vuelva a ocurrir algo parecido pero en caso de ser así estaremos otra vez. El Scout sonríe y canta ante peligros y dificultades. Los Scouts de Lorca sabemos hacerlo.

Mª de los Angeles Lirón Sandoval

Tras el primer terremoto, tuve la necesidad de ir a evaluar los daños producidos y la situación del equipo de trabajo. Al llegar al Centro de Visitantes de Lorca Taller del Tiempo, Mª Jesús, estaba en su puesto de trabajo como informadora turística un poco nerviosa tras los acontecimientos y con la evaluación de los daños realizada. Como no podía ser de otra manera, le dije que se marchara a su casa con su familia y cerramos el centro. Ya en la puerta y dispuesta a subir al castillo me encontré con uno de nuestros colaboradores, Maceda, que se vino dispuesto a evaluar los daños junto con el arquitecto Paco Pepe, ya que había habido algún desprendimiento en las almenas de la Torre del Espolón. Cuando llegamos a la Fortaleza del Sol, había visitantes, niños y familias que aún seguían en el castillo atendidos por el personal y que habían vivido la espectacularidad del primer terremoto desde lo más alto de Lorca. Gracias a Dios sin ningún daño humano. Di la instrucción de desalojar tranquilamente el castillo y nos quedamos Blas, Alejandra, Maceda, Paco Pepe y yo para evaluar los daños. A punto de entrar en la torre del Espolón, el arquitecto dijo de ir al coche a por unos cascos por si había alguna piedra suelta en el interior de la torre. Eso nos salvó la vida. Ya que en ese momento y mientras nos alejábamos de la torre del Espolón se produjo el segundo terremoto, unos segundos que parecieron eternos y de pronto mirando hacia atrás, la torre desmoronándose a 300 metros de distancia y columnas de humo por toda la ciudad de Lorca. Lo demás ya se conoce, sirenas, gritos, escombros, nuestro mundo roto...Un mundo que intentamos recuperar día a día con el esfuerzo y el trabajo diario. Por eso quiero dedicar una mención especial al equipo humano de Taller del Tiempo que trabaja por recuperar el turismo de Lorca sin descanso, paso a paso, sin prisa pero sin pausa.

Me acuerdo de Lorca

Juan Alberto Mora Sánchez

Aquel día sólo trabajaba mediodía y como estaba de exámenes finales pensaba dedicar la tarde a estudiar cuando sobrevino el primero de los terremotos (17h. aprox). Tras el susto y las llamadas para comprobar si todos estaban bien, me relajé pero no por mucho tiempo porque se empezó a difundir el rumor de que "venía otro" y había que salir. Dada la insistencia que ponían y como estaba claro que la concentración para estudiar no me iba a llegar, avisé a mi madre y a mi abuela y nos salimos al parque de la "Peñica".

Antes de salir, mientras mi madre se cambiaba, hice algo que a día de hoy no sé muy bien porqué lo hice, con cinta aislante cerré todos los armarios de mi casa. Cuando lo recuerdo, me pregunto porqué lo hice, no lo entiendo porque en esos momentos pensaba que si venía otro terremoto, iba a ser de menor intensidad. El caso es que funcionó y salvo uno de los armarios que olvidé sellar el resto permaneció intacto.

Aún no habíamos terminado de salir (mi abuela todavía estaba en el portal de su casa) cuando vino el segundo (18h. 45 min.). Desde mi posición vi cómo el suelo se transformaba en mar y una ola lo recorría (o eso creo que vi) y también cómo en un segundo el castillo se convertía en una nube de polvo, pero de la ciudad no veía nada y no sabía más que lo que mis allegados me iban contando. En mi zona no había muchos daños visibles en edificios, pero empezaron a llegar cientos de personas. La carretera de Caravaca era un hervidero de coches que habían sido desviados de la autovía, el teléfono no paraba de sonar (tuve suerte y mi teléfono no me dejó tirado como a muchos). Las personas con las que hablaba me relataban lo que habían visto y sentido, yo los oía pero creo que no los escuchaba. Al caer la noche me decidí a coger el coche, pero iba con tanto miedo al pasar junto a los edificios que no fui capaz de fijarme en lo que estaba viendo. La noche la pasé como mucha gente en la parte de atrás de un coche.

Con la salida del sol, nos atrevimos a ir entrando a las viviendas a coger algunos víveres y a ver qué se decía en la televisión y fue en ese momento cuando vi lo que la tarde anterior no pude o supe ver: la destrucción, la desolación, la gente apiñada en el Huerto de la Rueda, las viviendas y los monumentos heridos, las vidas de los lorquinos totalmente deshechas.

"Os deseo que pronto tengáis vuestras casas y seáis felices"
Juan Manuel Bastida Cabrera, 6 años, 1º EP
CEIP Andrés García Soler

Me acuerdo de Lorca

Antonio M. Beltrán

El primer terremoto sentó en el suelo a mis hijos pequeños; el segundo nos echó encima la torre de San Diego. Primero fueron los gritos; la gente saliendo de las tiendas a la carrera volcando las sillas de los bares, invadiendo las calles mientras los coches frenaban en seco. Después, las lágrimas de miedo y de dolor. Los móviles que no funcionaban. Mi mujer descalza en el parque abrazada a sus hijos...

Luego vinieron a ayudarnos. Corros de vecinos, de desconocidos. Inmigrantes y españoles, todos víctimas de la misma desgracia. Caravanas de ambulancias. La Cruz Roja, Protección Civil, bomberos y policías. La UME, bendita UME. Tiendas de campaña dando seguridad y dignidad a quienes eran unos refugiados dentro de su misma ciudad. Los periodistas tratando de informar a unos y a otros, porque cuanta menos información, más miedo…

Empezaba a anochecer en Lorca, pero las luces de las casas no se encendían. Las calles estaban apagadas, los hogares vacíos, rotos. Todos temblando, y tantísima gente echándonos una mano. Dolor, ¡qué inmenso dolor! y gratitud, cuánta gratitud. Dos sentimientos que jamás se borrarán de mi cabeza, y que aparecen juntos cada vez que recuerdo aquellos días.

Cristina Jover
Periodista

La responsabilidad de informar

Después del primer temblor las carreras comenzaron en la redacción de la Televisión Autonómica (7RM). Me preparé y salimos a toda velocidad rumbo a Lorca. Mi compañero cámara, José Navarro y yo llegamos al Hospital Rafael Méndez. Aunque no había sufrido grandes daños fuimos a esperar la llegada de la consejera de Sanidad, que nos haría balance de los desperfectos. Y allí estábamos, en el interior de la furgoneta, esperando, cuando todo tembló de nuevo. Nuestra primera reacción fue mirar para atrás pensando que nos habían embestido. Pero no había nada. La fachada del edificio se partió en dos y comenzaron a salir enfermos en pijama, con los goteros, llorando y gritando. José y yo sólo pensamos en la cámara y en el micro. No había tiempo para el miedo. Teníamos que contar lo que estaba pasando. Esas imágenes dieron la vuelta al mundo. Comenzaron a llegar heridos, ambulancias, el servicio de urgencias se colapsó.

Después, cuando entramos en la ciudad, nos quedamos sin habla. Parecía que la habían bombardeado. Comenzamos a encontrarnos con compañeros, todos en estado de shock. Como la gente que corría por la calle.

Durante dos semanas fui a Lorca diariamente. Tuve que hacer muchos esfuerzos para que el nudo que se instaló en mi garganta no se convirtiera en lágrimas. Yo no estaba allí para eso, sino para transmitir la gravedad de la tragedia. Sólo me permitía ese lujo cuando después del trabajo, de camino a casa, entraba en el coche. Miles de imágenes y testimonios pasaban por mi mente a toda velocidad. Entonces no hacía esfuerzos y el nudo se deshacía.

Me acuerdo de Lorca

Francisco Salas Lario

Mi nombre es Paco Salas la vivencia que os voy a contar es la mía o una de las doce personas de mi familia que nos encontrábamos en lo que os voy a relatar.Yo vivía en el edificio Plaza del Trabajo de la Viña derruído posteriormente, en este edificio en el primer terremoto ya cayó la cornisa de la terraza y tuvimos que llamar a los bomberos, al mismo tiempo mi hermana que vive a unos cien metros de mi casa me llama llorando diciéndome que su casa, que es un bajo, estaba hecha polvo; ni corto ni perezoso me voy a su casa que efectivamente así estaba. Ella, mi cuñado, mi sobrino y yo nos fuimos para mi casa, allí acudieron mi otra hermana con su marido y mis dos sobrinos de 2 y 4 años, mis padres que se enteraron de lo ocurrido también acudieron por allí.En definitiva nos juntamos 12 familiares. Lógicamente tras el pánico del primer terremoto nos salimos todos a la calle Infante Juan Manuel; los bomberos estaban tirando la cornisa de mi edificio, acordonaron la calle y nos echaron calle abajo cuando vino el segundo terremoto: fue terrorifico , el ruido igual que una bomba, no se veía nada, nos buscamos unos a otros, mi padre en el suelo, no encontrábamos a los críos pequeños… lo estoy contando y se me ponen los pelos de punta. Cuando vimos algo y fuimos encontrándonos nos fuimos calle arriba a la rotonda de la Viña, cual es nuestra sorpresa que cuando miramos para abajo vemos que a cinco metros de nosotros habia caído un edificio y habíamos salido todos ilesos sólo con algunos rasguños. A todo eso aparece una chica histérica diciendo que sus padres estaban en ese edificio, cualquiera la sujetaba, para colmo de los colmos miro para atrás y veo al nieto de el del bar La Viña muerto en el suelo, fue terrorífico. Lo curioso de esta historia es que de los doce familiares que estábamos pegados al único edificio que cayó en Lorca gracias a Dios todos lo podemos contar.

"El futuro de Lorca somos todos"
Enola González Jiménez, 8 años, CEIP Pérez de Hita.

Me acuerdo de Lorca

Alberto Hernández Sapena

No negaré que, en alguna ocasión, haya sufrido forma más abrupta de despertar. Pero nunca antes había estado precedida de caída de objetos. Bueno, quizás, sí, pero esa es otra historia que contar y éste no es el foro. Aturdido, de sueño y no por el golpe de ningún elemento desgajado de su soporte vital, o sea, de su repisa, apenas si fui consciente de la situación.

Me costó, como siempre, poner pie al suelo. Creo que hacer aterrizar un Boeing me resultaría más sencillo, la verdad. ¿Qué era aquello? ¡ah! sí, un terremoto… otra vez. Me cag… ¡apenas si he podido dormir la siesta! ¿No tendrá otras horas la Tierra de temblar? Opino que habría sido más justo a eso de las siete de la tarde. Pero, ya se sabe, la Naturaleza es impredecible: ¿qué le costará preguntar?

Ya que estamos, limpiemos esto un poco, me dije. Había cristales. Cayó al suelo, de mármol entonces, y explosionado en consecuencia, una figurita ubicada en la parte más alta del mueble del salón, en un rincón. ¡Bah! tampoco sería tan importante si permanecía tan escondida. Debía llevar agua bendita del diluvio universal porque olía, al liberarse, a perros muertos.

Me dispuse, una vez recogido todo, a vestirme convenientemente para hacer deporte. Mala costumbre esa, con lo bien que se está en el sofá. De pronto, otro temblor. ¡Hostias! esto me huele mal… en sentido figurado porque ya había fregado los residuos del desastre anterior.

Un vistazo a la casa y ahora eran restos de escayola y pintura, entre otros, lo que había en el suelo. Otra mirada, esta vez al pasillo, y ¿dónde está la escalera?. Desde entonces sé lo que siente un gato en la garganta después de atusarse con la lengua. Y, desde ese preciso instante, no he vuelto a dormir la siesta, ni la noche, ni el día, en paz. Para siempre jamás.

María Ros Navarro

No voy a hablar.

No voy a hablar de ninguna experiencia que no sea parecida a las que vivimos ese 11 de mayo.

No voy a hablar del miedo que sentimos.

No voy a hablar de la necesidad que teníamos de saber si los nuestros estaban bien y de la angustia que nos recorría al no poder usar los teléfonos.

No voy a hablar de la preocupación que cada uno sintió ante dónde pasar la noche, cómo estaría su casa...

No voy a hablar de la sed, del frío, de las caras de desconcierto, de las lágrimas, de los gritos, de las sirenas...

No voy a hablar de los camiones de la UME, del polvo, de los pilares rotos, de las grietas, de los puntos verde, rojo y amarillo, de los derribos, de los escombros...

Podría hacerlo y llenar páginas y más páginas pero, no. Ya no tengo ganas de hablar porque aún recuerdo aquellos días y meses posteriores en los que no dejábamos de hablar...

Ahora, desde la distancia que da el tiempo, con las secuelas que veo todos y cada uno de los días al levantarme, sí hay algo que quiero decir, en voz muy alta:

"Lorquinos y lorquinas yo me acuerdo de Lorca... La de antes... La de durante... La de ahora. Siempre."

Luna

El bullicio y la alegría habitual de la Plaza Calderón en una espléndida tarde de primavera desaparecieron a la misma vez que un gran estruendo sacudió la ciudad.

Estaba llena de gente, vecinos, personas que iban de paso, el silencio era inmenso, todos miraban, pocos hablaban, caras aterrorizadas, lágrimas, abrazos, comentarios en voz baja, muchas miradas y pocas palabras.

Recuerdo ese inmenso silencio y el color anaranjado del cielo, una especie de niebla anaranjada y el polvo envolvía toda la ciudad.

No se oyen las campanas en Lorca. Ya no las oigo.

Estan calladas, ya no suenan, un fuerte rugido de la tierra las calló y desde lo alto de las torres acompañan con su silencio a los lorquinos que también han perdido su alegría en esta tarde de primavera.

Desde lo alto de su campanario ven la desolación de una ciudad herida, los edificios agrietados, los monumentos dañados, gente silenciosa y asustada por las calles y plazas, impotentes, sin saber qué hacer, caos y confusión.

Las campanas calladas, la ciudad sacudida y los lorquinos con grietas en su corazón.

"Estoy orgulloso de vivir en Lorca"
Javier Miñarro Mena, 7 años, CEIP Madre de Dios

Violeta Insa

La tarde del 11 de mayo yo no estaba en Lorca, estaba en Murcia, en la universidad, pero las personas que más quiero, mi casa y mi vida sí estaban allí. Jamás olvidaré esa tarde, esa angustia, esa incertidumbre, esa impotencia de estar a sólo 60 km y sin poder hacer absolutamente nada. Recuerdo que vagué durante toda la tarde por las calles de Murcia, confusa, perdida, sin parar de hacer llamadas contactando con todos mis seres queridos, uno a uno, comprobando que estaban bien. Nunca olvidaré tampoco el día que fui a ver mi casa tras el terremoto, el ir corriendo y gritando de alegría a decirle a mi padre que nos habían puesto "amarillo" (aunque días más tarde lo cambiaran a rojo). Parecía como si por mi casa hubieran pasado 50 años de repente, era ahora una casa vieja, rota, abandonada. Pero tampoco olvidaré nunca la valentía de mi madre y de tantos otros amigos y familiares, cada uno con su pequeña odisea aquella tarde, la solidaridad de los vecinos, el civismo y la responsabilidad con la que afrontaron desde el primer momento los lorquinos la catástrofe, y esa unión tan grande, que nos ha hecho levantarnos y seguir adelante.

Esta pequeña poesía la escribí pocos días despues del terremoto.

Sale el Sol
sobre la ciudad destruida,
en las calles los refugiados,
ante su ciudad querida.

Tembló el suelo,
y algunas vidas se llevó,
destruyó hogares
y abrió grietas de dolor.

Tiempo, devuélvenos la calma,
levanta Lorca,
anima nuestras almas.

Devuélvenos la belleza
de nuestra hermosa Lorca,
ahora sólo escombros y tristeza.

Ángel Martínez García (11 años)

Durante el primer terremoto, me encontraba en la academia. Mi compañera Mari Carmen y yo nos reímos muchos al principio porque las sillas estaban botando. Después de pasar el primer terremoto, desalojamos el centro por precaución, ¡¡¡menos mal!!! Luego, cuando volvimos a las clases, el maestro David nos habló de los terremotos por lo menos media hora, puff… casi me duermo… Más tarde, ocurrió el segundo terremoto; yo estaba en mi casa. Cerca vivían unos vecinos de Ecuador que estaban muy asustados, un niño pequeño se hizo pipí encima. Lo peor le pasó a mi tío, que le pilló en la puerta de un bar cuando las paredes se les vinieron encima al salir a ver qué había pasado. Un hombre lo echó hacia atrás; le doy las gracias al hombre que lo empujó porque le salvó la vida, aunque casi se parte el brazo. Le tuvieron que poner clavos. Yo estuve muy preocupado por si le había pasado algo a mi abuela y a mi tío. Un primo mío, cinco días antes, se quería ir a Alicante donde tengo familia. En el parque nuevo se cayeron muchos pisos. A mi hermana, el segundo terremoto le pilló al lado de los pisos que se cayeron; mis amigos lloraban. Cuando fui a darme una vuelta con ellos, vimos un edificio destrozado por la mitad, había muchos coches de policía y también se oían muchas ambulancias.

José Manuel Vázquez

Todo era paz y tranquilidad en la plaza del Ibreño, aquella tarde,cuando de repente el suelo tembló, la calle se llenó de polvo y los lorquinos salimos corriendo a la calle, sin saber muy bien lo ocurrido.

Entonces me vino a la mente, el colegio de mi hijo, Madres Mercedarias, con nuestros hijos dentro.

En los pocos minutos que pasaron, hasta llegar a la puerta, toda una vida se me pasó por la mente.

Al final, mi hijo estaba ya sentado en la calle Zapatería, de allí a la Plaza de España y regreso a casa, el segundo temblor, fue otra historia.

Andrés Martínez Rodríguez

Quiero que sean recuerdos

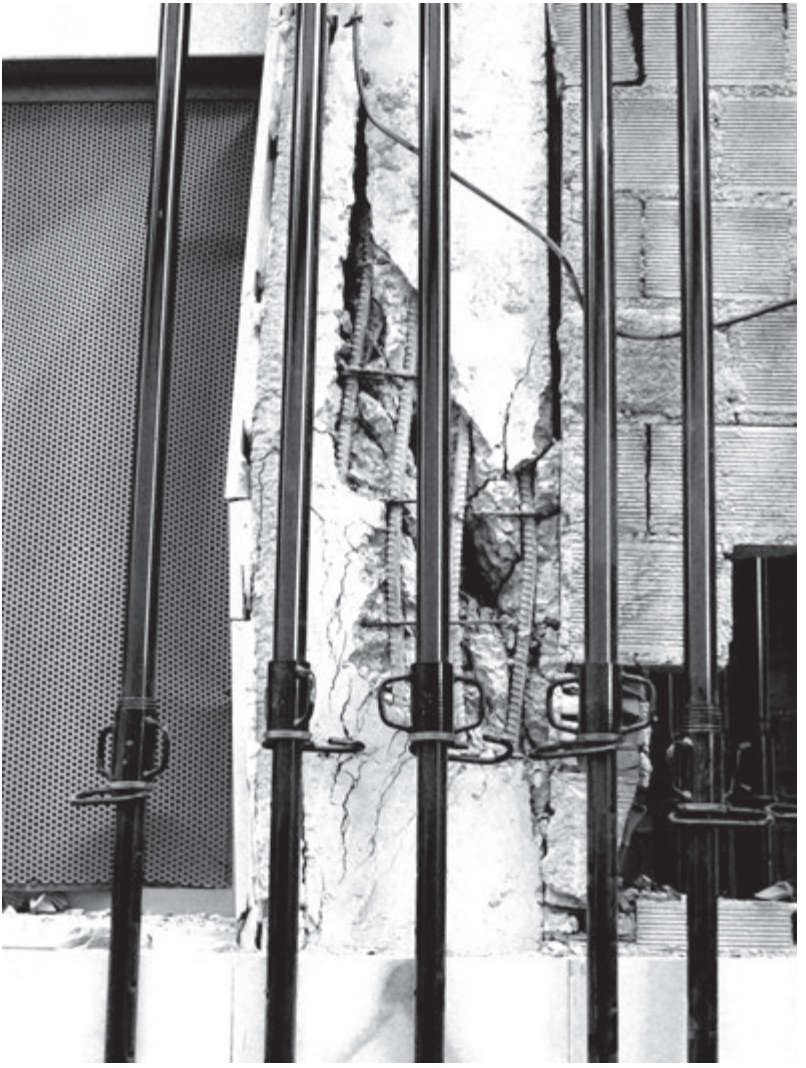
Hasta varios meses después de la desagradable experiencia de padecer dos terremotos consecutivos, no había intentado poner por escrito las primeras sensaciones vividas. Me frenaba la desgana de recordar los largos cuatro segundos y todo lo que vino después. No quería revivir el miedo de los primeros momentos y la angustia por conocer lo que había pasado.

Recuerdo como el suelo subió y bajó bruscamente, cómo todo a mí alrededor se movía, se agrietaba y se caía. Tengo muy presente el gran estruendo, la acuciante llamada a las personas que me acompañaban, la imperiosa necesidad de correr entre una nube de polvo que subía del suelo, el alivio inconsciente de salir a un lugar abierto, el azul del cielo, el silencio y especialmente la urgencia de reunirme con los míos.

Recuerdo el ruido de las puertas del Museo cuando las cerramos para mucho tiempo, la prisa y la angustia en la cara de las gentes que me iba encontrando, los edificios caídos, las calles cortadas por los escombros, las sirenas, las primeras ambulancias y recuerdo lo larga y descompuesta que estaba la avenida

Recuerdo a muchos lorquinos intentando dirigirse a la explanada junto al puente nuevo y me reconozco entre ellos, buscando ansioso a mi familia. Todavía siento el gozo y el alivio de abrazarlos y besarlos.

Después de pasados casi dos años cualquier movimiento me produce un sobresalto, y eso me hace ser consciente de que esta mala experiencia se puede repetir. Supongo que con el paso del tiempo esta sensación se ira desvaneciendo, como siempre les ha ocurrido a los lorquinos, que a pesar de que Lorca ha temblado y caído muchas veces, siempre consiguieron rehacer esta hermosa ciudad asentada entre fallas.



“Quiero dar mi amor a Lorca”
Ana Belén Loarte Sánchez, 6 años, 1º EP CEIP La Escucha

Miguel Ángel Hernández García
16 de Julio, 2011- 16 de Enero, 2013.

"Si el reconocimiento de un aroma tiene, antes que cualquier otro recuerdo, el privilegio de consolar, tal vez sea así porque adormece la consciencia del paso del tiempo. Un aroma deja que se hundan años en el aroma que recuerda"
W. Benjamín.

Vuelvo de salir de Lorca, me tuve que sacar a rastras, de despejarme pisando otras ruinas, monumentos, reliquias de otros tiempos que asombran por lo impecable de su fábrica y el esfuerzo de sus constructores.

A la vuelta de mi viaje noto que en Lorca, esas ruinas se mezclan con otras que tienen el aroma de lo recién hecho, del grano triturado bajo la muela del molino. El sabor impecable de la masa en la que se mezcla el polvo, que lo llena todo, y el agua; el trajín de las palas en la boca del horno, como entran, como salen de entre las brasas con la cocción justa.

Sentado junto al río, de la puente p´acá, frente a una nube de polvo, gris clara, como las nubes que, ésta mañana, amenazan una lluvia que bien pudiera ser de recuerdos; sentado, digo, cuento los bocados con los que las pinzas articuladas de un cangrejo mecánico, desmenuzan y retuercen pilares y forjados.

El chorro de la manguera es polvo que entra por las ventanas, abiertas por el lugar equivocado, y quiere hacer de la nube barro.

Los marcos de las puertas se inclinan del lado del vértigo y los cuadros, todos mal colgados, derraman sus paisajes por los tabiques que se deshacen.

A la hora del desayuno muerden las pinzas el suelo y cesa el chorro de polvo que se apaga como una fuente de niebla veneciana.

Entre los andrajos de lo que fue el nido, quedan pendientes de caer la lavadora, la lámpara del comedor y una bata naranja que se balancea como un fantasma que celebra su primer aniversario, sobre la montaña de escombro. Andrajos de forja rígida y seca, de tubos y cables que dieron al nido luz, agua y aire.

Andrajos como los marcos de los recuerdos que igual llueven esta mañana.

Esa toalla que aún se mantiene colgada de la percha, en un rincón del baño, cuántas veces no habrá secado y dado paz a nuestras inconmensurables partes… ¿o sólo hace una semana que la compré, barata, en un puesto de los moros, el mercado de los jueves?

Todo caerá y se harán los andrajos escombro, cuando acabe la hora del desayuno y, aplacado el hambre, se levanten de nuevo las pinzas del cangrejo.

Eran del once de mayo

Eran del once de Mayo
ya muy próximas las cinco,
si no las cinco pasás,
cuando dejóse sentir
un pedazo de crujío
que me dije yo p´a mí:
"¡Virgencica de las Huertas,
¿qué pecao he cometío?"

Tembló el piso dende abajo
anda arribica del techo.
Se cayeron tres retratos,
de mi cabeza seis pelos,
un crucifijo y dos santos.
Pero tó gorvió a su sitio
dimpués de recolocarlos.

Ya estaba tranquelizao,
los pulsos s´habían bajado,
e intenté de conectar
a través del aparato,
por saber de la familia,
de su agobio y de su estado.
Silencio total, ¿qué pasa?...
Toas las lineas bloqueás
dimpués del primer espanto.

Bajé p´abajo despacio
-el ascensor no funciona-
Sin correr q´es lo peor
en dimpués del traqueteo,
intentando despegar
lo menos los pies del suelo.

Comentarios m´encontré
cuando y´aterricé en la calle,
entre amigos y vecinos
que s´habían bajao corriendo
tras tamaño movimiento.
La Glorieta estaba llena
todos buscando un lugar
que fuera suelo sin techo.
A nadie se le ocurrió
que p´abajo había dos pisos
de plazas de aparcamiento.

Hablaban a borbotón:

-Ha sío gordo pero no
tanto como me temía.

-Yo ya me subo p´arriba.

-Yo me voy a esperar un poco,
q´es por ver si nos replica.

-Si replica será flojo.
Dijo uno que era cojo
y no quería repetir
lo de bajar y subir.

A to esto a sacar volví
del bolsillo el aparato,
marqué para preguntar
y el móvil me dio señal.

-¿T´as estremecido amor?
¿Cómo está todo cariño?
-¡Huy, qué cariñoso estás!
-P´os claro que sí, amor mío.
¿Mucho roto? -pregunté.

¿Mucho destrozo en la Viña?
-Cuatro tiestos y una leja.
Nada que no tenga enmienda.
(Mi esposa es de Barcelona
y tiene un hablar muy fino)
-Voy p´allá por si hay arreglo.
-Aquí te espero tesoro.

Sin prisa y, de vez en cuando,
parando por las tabernas
por si sacaba algún cuajo
me paré en el Corredera.

-¿Se ha notao mucho?
-¡Qué va!
-me dijo la camarera
y que además es chilena-
Esto en Chile es una risa,
allí si tiembla es de verdad
y agarramos la linterna
las pilas y el transistor.
En el último perdí
yo por desgracia a mi hermano.

Reconforta el escuchar
de las desgracias ajenas,
que aquello que aquí suceda
no es más que un dolor de muelas.
Tras darle las condolencias
me bebí la caña entera.

Seguí camino a mi casa
por la calle Pérez Casas
y no llevaba tres cuartas
cuando me giré y me dije:
aquí paro, en el Alcázar.

Me acuerdo de Lorca

-Ponme una cerveza, Ana
q´esté como tú de buena,
no vaya a ser que no sea
que otra ya no me beba.
-Que ganas de guasa tienes.
-Si dios no lo remedia, siempre.
-¿La quieres mou o una estrella?
-¿Más estrellaos? Ya no sé,
pero dámela en botella
que los vasos siempre quiebran.

Con cinco grados de alcohol
la pena es más llevadera,
la cabeza piensa menos
y más ligeras las piernas.

Llegué al barrio de la Viña
después de dejar atrás
y sin mayores alarmas,
el de las Casas Baratas,
el de mi mas tierna infancia.

Le di al botón de subir
-el ascensor no funciona-
Subo p´arriba tranquilo,
sin correr porque me suda
subir p´arriba corriendo
y bajar luego despacio,
teniendo en cuenta que son,
al último, en total cinco
los pisos que hay que subir
siendo cerca, ya pasás,
de las siete menos cuarto.

Dejado atrás el segundo
seguí camino al tercero
cuando en el tramo primero

me comencipió el segundo…
me refiero al terremoto,
se comprende lo que digo.

Una sacudía, dos,
Y a la tercera… la calma.
¡Cago en diez! Me dije yo,
q´este es mas fuerte q´el otro.
Recupero el equilibrio,
vuelve a su sitio el calostro,
se m´abaja de los techos,
ande s´había subío el alma;
se me controla el sudor
y me digo yo: ¡tranquilo,
subo a buscar a mi amor!
Hasta el quinto… si no baja.
Llego al rellano y me encuentro
a mi esposa descompuesta,
le digo "vamos p´abajo",
ni siquiera se lo piensa.
Mas ligeros q´el decir
y por detrás de la Leti,
q´es la perra de mi hija
y q´es mas lista q´el hambre,
nos bajemos p´a la calle.

Acabamos de salir
y empecé yo a mascullar:
parece que s´acabao
y esto acaba de empezar.
Atontinaos por las calles,
todos mirando p´arriba
sin mas tema del que hablar.
-¿Y los vuestros, todos bien?
-¿Y la casa como está?
-Bien, regular, arruiná.
El susto metío en el cuerpo,

la bilis desenfrená
y una comezón sin cuento
que ya te puedes rascar
porque no valen ungüentos.

Ya dormir es un consuelo.
Si en la cama no das vueltas
es porque no tienes cama
y das vueltas en el suelo.
Y me refiero a los pobres
que con los ricos no hay pegas,
tienen siempre hecha la cama
en el cielo y en la tierra.

Toñi Pascual Sánchez

Amor es lo que profesa una madre por sus hijos, un sentimiento sincero que va más allá del propio dolor personal, físico. En ese día de sufrimiento de todos, de miedo, no pude alejar a mis hijos de la visión de cómo Lorca era devastada.

No hubo tiempo, aviso ni espera…y sí, vimos cómo Lorca subía, tronaba, bajaba, temblaba, caía. Lorca se rendía a la fuerza de la naturaleza como nuestros corazones lo hacían a la impotencia de esta vivencia. En días sucesivos, cuando no podía reprimir mis lágrimas ante lo sucedido, Álvaro, de cinco años, me dijo "mamá, cierra los ojos, imagina que Lorca está bien".

Amor es también lo que un hijo siente por su madre.

Carlos Peregrín Escámez

Los peldaños del corazón

No estando aún recuperado de la impresión dejada por el primer temblor, sobrevino una segunda sacudida que me dejó helado el corazón. Apenas dos segundos bastaron para hacerme creer que había llegado el final. Aterrado corrí por el pasillo buscando desesperado salir de casa, cuando descubrí el estado en el que había quedado la habitación donde habitualmente suelo estar: un pequeño rincón de la casa donde tengo mis libros, el ordenador, el equipo de música, CDs, una guitarra, un teclado y una pequeña mesita con un flexo junto a un sillón donde acostumbro a leer. La visión de todos esos objetos cubriendo por completo el suelo, me hizo sentir un espasmo que sacudió por completo mi cuerpo al imaginar la amarga experiencia que habría vivido si el terremoto me hubiese sorprendido allí y hubiera visto pasar por mi retina todos estos objetos buscando precipitadamente y sin orden el suelo. Nada ni nadie me habría convencido de que saldría con vida de allí. Me sobrepuse como pude y comencé a bajar las escaleras del edificio cuando, en la planta inferior, encontré a una vecina de unos treinta y pocos años que, presa del pánico como yo, me suplicó sostener a su hija de apenas unos meses de vida mientras ella accedía al interior de la vivienda, me dijo, para recoger algo que no conseguí entender muy bien. Transcurridos unos segundos que me parecieron eternos, y elevando la voz, le dije que la esperaba con su hija en la plaza del edificio. Desde el quinto piso, la razón me pedía bajar los escalones de dos en dos, mientras el corazón me recordaba a cada paso la vida que llevaba entre mis brazos y la responsabilidad de ponerla a salvo fuera del edificio. Dejé a un lado mis más profundas convicciones ateas y me vi pidiéndole a Dios que aquella madre saliese con vida del edificio. La sola imagen de imaginarme a aquella criatura habiendo perdido a su madre, de la que jamás recordaría su rostro, debido a su escasa edad, y la amargura de su padre destrozado por la pérdida me hizo recapacitar sobre el valor de las cosas. Ahora no dudo ni por un segundo el anteponer el procurar la felicidad de aquellas personas a las que quiero a cualquier grado de placer que me supondría la obtención de algo material y más aún sabiendo, tras esta experiencia, que no hay forma posible de prever cuanto tiempo me permitirá lo impensable compartir mi vida con ellas.

Abdelghafour Alim Harour (9 años)

Cuando pasó el segundo terremoto, mi madre, mi padre, mis hermanos y yo nos fuimos a un parque a refugiarnos. Todos estábamos muy preocupados. Allí vimos un helicóptero volar en el cielo. Un hombre vino hacia nosotros y nos dijo que estuviéramos en el parque que iba a venir un helicóptero a recogernos, pero mi madre no le creyó. Por la noche, pasó otro terremoto, y yo y mi familia nos asustamos mucho otra vez. Pasé mucho miedo. Mi padre después me apuntó al fútbol y me quedé feliz. Aquella noche pasaron más terremotos pero no los sentí porque me quedé durmiendo, pero mis padres y mis hermanos sí porque estaban despiertos, no durmieron en toda la noche. Luego fuimos a una tienda de al lado de mi casa a comprar barras de pan y mortadela porque teníamos hambre; para contentarme, mi padre me dejó en el coche como si fuera a conducirlo. Al día siguiente nos fuimos a mi casa y mis padres por fin pudieron descansar.

Encarna García

El pequeño parque de mi barrio, casi siempre solitario cambió por completo pasadas las 7.

Repleto de gente, presencié escenas irrepetibles. Miradas perdidas, jóvenes angustiados, ancianos en camas, hijos sin sus padres, padres sin sus hijos y rumores horribles…

Vecinos valientes, emoción por un encuentro, favores inolvidables, agua compartida, comida para niños, ropa de abrigo y abrazos interminables…

De todo se perdió, de todo se ofreció y de todo se recibió aquella tarde.

"A todos los pueblos de España que animan a Lorca para que nos recuperemos"
Andrés Felipe Calderón Jiménez, 8 años, 3º EP
CEIP Pérez de Hita

Mª Concepción Navarro Perán

Cinco de la tarde. En una hora tengo clase de francés. Leo. Algo agita el suelo. Los cristales reverberan. Los libros, lámparas, molduras, cuadros salen despedidos con violencia estrellándose contra el suelo. Mi familia en la calle llama. Corremos a encontrarnos. Enfrente, la torre de la iglesia se hunde. Parece algodón de azúcar. Tengo que irme. Mi hermana saca el coche. Me despido: "Papá, quédate tranquilo". Otra sacudida. Desplazamiento, ruido. Angustia, vértigo. La torre de la iglesia se desmorona. Gritos. Polvo. Brechas. Llamo. "Llegaré un poco tarde". Al otro lado del teléfono, desgarro, llantos, voces entrecortadas. Lorca se ha roto.

Amine Khayali (14 años)

Todo fue un shock. El primer terremoto me pilló en la academia y todos los que había en el Proyecto salimos fuera a la calle. Luego entramos otra vez; pero al cabo de un rato, vino una mujer a recoger a sus hijas y nos dijo que se había caído parte de la iglesia de San Diego; la mujer iba toda asustada y se llevó a sus hijas. Los maestros se alarmaron porque allí el primero no se notó tanto. Por eso decidieron que nos fuéramos todos a nuestras casas. Mi madre me dijo que se había caído la casa de mi tía y yo me fui para verlo; bueno, no fue para tanto. Sólo se habían caído unas tejas. Después me fui al parque y me dijo que más o menos iba a pasar otro terremoto en dos horas. Me fui a mi casa, donde estaban mi madre y mi padre. Después vino el segundo terremoto, me asusté mucho. Al día siguiente me fui a casa de unos familiares de Alicante; allí me quedé tres días. Después volvimos a Lorca y parecía que era una ciudad en guerra, todas las casas destrozadas y mucha gente las había perdido.

"Por nuestras víctimas, todos más unidos que nunca"
Miguel Navarro López, 8 años, 3º EP, CEIP Andrés García Soler

Papageno

Voy en tren camino de Murcia. Es media tarde de un miércoles de primavera. Tras terminar mi jornada laboral y comer con mi padre, vuelvo a casa.

Son más de las cinco de la tarde. Suena el teléfono. Es mi hermano para decirme que ha habido un terremoto en Lorca.

–¿Quién hay con papá? –me pregunta.

Aunque no está solo, surge la lógica preocupación.

Ya en Murcia, me encuentro con un paisano al que le comento lo que acaba de ocurrir. No sabe nada, y me dice que va a llamar a su familia.

En casa veo por la televisión como cae la espadaña de San Diego. Oigo la radio. Me conecto a internet. Todos los medios de comunicación dan cuenta de lo sucedido.

Antes de las siete de la tarde siento que la tierra tiembla. Es el segundo terremoto, el más violento, el que causa un dolor irreparable.

Los teléfonos dejan de funcionar. Lo de Lorca es una tragedia. Un edificio se ha desplomado y ha habido muertos.

Por fin consigo hablar con otro hermano:

–Lorca es un lugar irreal. Hay un caos absoluto, el polvo lo inunda todo. Las sirenas de ambulancias, policía y bomberos no dejan de sonar. Es como en las películas. No te lo puedes ni imaginar –dice.

Mi padre, en su silla de ruedas, está en la alameda. Allí hay mucha gente que se ha lanzado asustada a las calles. Sus rostros revelan un miedo desconocido.

Al día siguiente, al llegar a Lorca en tren, contemplo el convento de las monjas Clarisas derruido y la estación de Sutullena que apenas si se sostiene en pie. Hago fotografías. Subo a casa de mi padre desde el sótano, escaleras arriba, donde veo pilares quebrantados y el daño en los primeros pisos. En la vivienda encuentro muebles y múltiples objetos rotos en el suelo.

No son todavía las 8 de la mañana. Conforme camino tomo conciencia cierta de lo acaecido. Por fortuna, el centro donde trabajo, sito en el casco histórico de la ciudad, ha soportado bastante bien los embates. Recorro calles solitarias y silenciosas: Marsilla, Cava, Zapatería,… Fotografío iglesias, viviendas y la cabeza de una escultura de la fachada de San Patricio que yace destrozada en el suelo.

No sentí vibrar el suelo debajo de mí. Mis compañeros me explican que es imposible olvidar el retumbar de la tierra y el mugido sordo que acompañó

el terremoto. Oigo, miro, pero aún estoy confuso. Quiero ayudar, pero no sé cómo.

En los días siguientes escucho historias desgarradoras de personas humildes que me parten el corazón. Por la noche vuelvo a Murcia abatido, y ni siquiera el abrazo de mi mujer logra reconfortarme. Pese al tiempo transcurrido, aún no he podido borrar de la memoria aquellas miradas, el dolor hondo en las caras de la gente.

Rocío Fernández

Me acuerdo de que era una bonita tarde de mayo y que esa tarde se volvió triste y gris. El movimiento de la tierra y el enorme ruido que sobrevino con el segundo terremoto provocó una estampida. La gente corría por la calle, unos con un destino en sus mentes y otros sin saber hacia dónde ir, pero el pánico se reflejaba en la cara de todos. En mi mente quedó grabada la imagen de un señor de color besando el suelo justo debajo de Las Columnas. Angustia por lo que acababa de ocurrir, preocupación por los comentarios que se escuchaban (dicen que dentro de un rato viene otro terremoto, comentan que el pantano va a reventar), agobio por no poder contestar a los múltiples mensajes y llamadas perdidas de amistades y familiares preocupados por lo ocurrido. Pero también viene a mi mente la palabra "solidaridad". Tuve suerte y, a pesar de estar sola en esta ciudad, coincidí con una amiga y compañera de trabajo en la que me refugié. Salimos de la ciudad y nos encaminamos hacia el campo donde nos acogió una de sus amigas con los brazos abiertos. Allí pasamos esa larga, larguísima noche acompañados de los sonidos de helicópteros, ambulancias, policía y de los ladridos de los pobres perros que también estaban asustados... ¡la tierra no dejó de temblar! Durante varios días comenté en alguna ocasión que parecía que "llevaba dentro el terremoto", era como si mi cuerpo no dejara de estremecerse.

David Romera Franco

La vida de Lorca se paró

Cuando apenas la población se había recuperado del primer seísmo y comenzaban a evaluarse los daños en las viviendas, 1 hora y 42 minutos después, la tierra vuelve a temblar con una virulencia inimaginable. La ciudad entera se estremeció de forma apocalíptica y miles de personas gritaron aterrorizadas al unísono en unas calles y plazas abarrotadas, presas del pánico, mientras veían cómo los edificios se les venían encima, caían cascotes, se derrumbaban algunas estructuras con gran estruendo y polvareda. 324 personas resultaron heridas y morían aplastadas por los escombros otras once: ocho adultos, un niño y dos bebés en camino. Lorca, paralizada y en estado de shock, había sufrido durante cinco segundos la mayor catástrofe de su historia contemporánea. Eran las 18:47:25 horas; los relojes de las iglesias quedaron congelados. Las fuertes sacudidas, las escenas de pánico, de angustia y de dolor de la población, el sonido del movimiento de las estructuras de los edificios y de la caída de cascotes, las ondas sísmicas ondulando el suelo, el olor a escombros, los gritos de las personas indefensas en los pisos altos; todos a merced de la naturaleza… Nada será olvidado, como tampoco aquella noche en la que más de 40.000 lorquinos durmieron en la calle o en campamentos habilitados. Barrios enteros que aparentaban haber sido bombardeados como si de una guerra se tratara, aparecían vacíos, sin vida después de una voraz estampida que colapsó las salidas de Lorca con atascos kilométricos; la gente salía de una ciudad que se había convertido en una gigantesca ratonera. Sólo el continuo ir y venir de ambulancias, fuerzas de seguridad y vehículos de emergencia, daba idea de la magnitud de la tragedia. Aquella tarde, la vida de Lorca se paró. Las consecuencias emocionales, económicas, sociales y patrimoniales de tanta devastación están aún por ver.

María Alcaraz Arcas

"Madre Tierra, no acunes más mi cama, ni me bajes las estrellas, yo ya las alcanzaré con mi esfuerzo o cuando Dios quiera. Madre Tierra".

"No hay pilar que no pueda sostener mi ilusión"
Luz Ruiz Díaz, 7 años, C. San Francisco de Asís

Pedro José Pérez Sánchez (13 años)

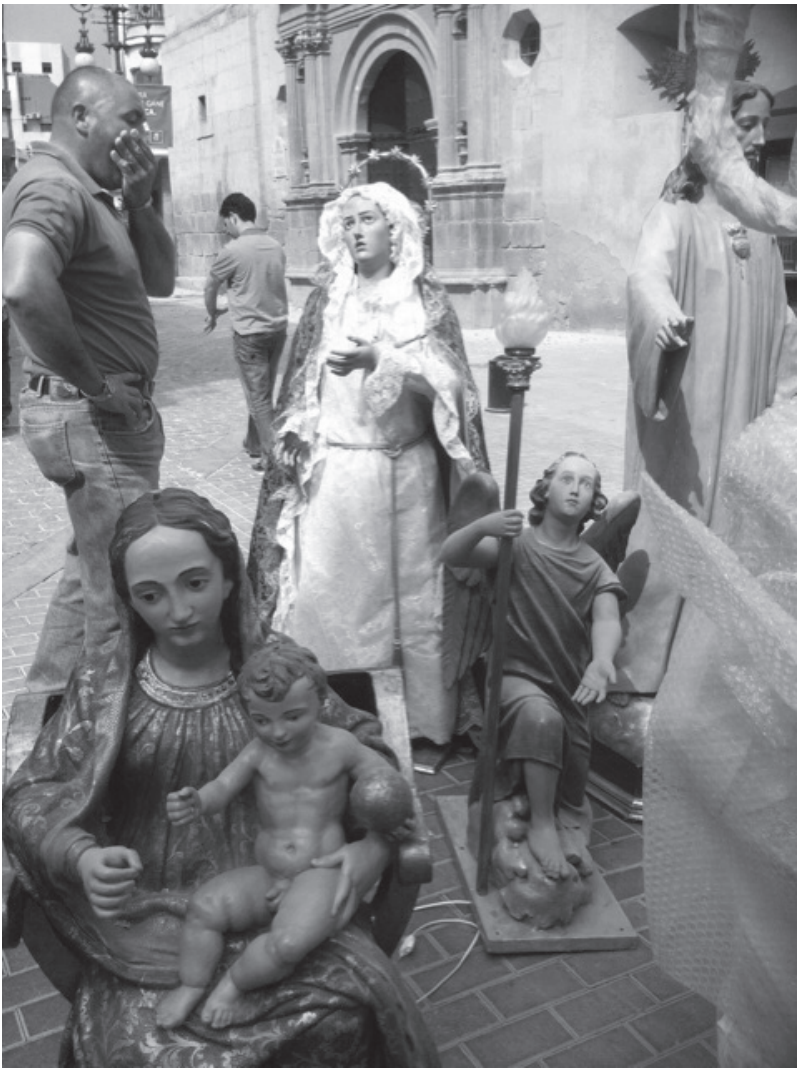
El 11 de mayo de 2011 empezó como un día cualquiera en Lorca. Nadie podía imaginar lo que iba a ocurrir aquella tarde. De repente, sobre las cinco de la tarde, hubo un terremoto. La gente corría poniéndose a cubierto, fuera de los edificios. Todos los habitantes de Lorca estaban con los coches corriendo por todas partes, también la gente corría de un lado para otro. Luego, un par de horas más tarde (que pasaron rapidísimo) hubo un segundo terremoto de mayor intensidad. Se caían las paredes agrietadas. Por desgracia murieron algunas personas y aquella noche todo el mundo durmió en la calle. Después vinieron los príncipes para dar el pésame a las familias doloridas de los fallecidos. Con los días, se empezaron a revisar los edificios; se tiraron cientos y cientos de casas. Mucha gente se quedó en la calle viviendo en tiendas de campaña, como las que había en el campo de fútbol de Lorca; allí pasaron un buen tiempo mientras no recuperaron sus casas.

Irene Sánchez Fernández

El once de mayo fue para muchos un día especial, pero para los lorquinos fue el día en que todo cambió. Vimos como al Castillo de Lorca se le desprendían pedazos de su historia, de cómo en unos segundos amasaba y sacudía los corazones de los lorquinos, de cómo nos turbó en tantos sentidos y de cómo destrozaba cruelmente nuestras viviendas.

Pero en todo momento nos hemos ayudado unos a otros, y nos hemos dado cuenta lo unidos que podemos llegar a estar y la fortaleza que tenemos, pero no sólo Lorca, sino toda España, y que no hay ningún obstáculo que nos haga recaer y tirar la toalla, por Lorca y por todos los lorquinos, y así es como seguimos, con una sonrisa puesta en la cara y con esa pequeña llama de esperanza que aún nos alumbra el camino.

Él nos ha mostrado lo frágiles y débiles que podemos llegar a ser y que siempre se nos olvida recordarlo.



"La esencia de Lorca está en su fortaleza"
Belén Peñas Lázaro, 11 años, CEIP San Fernando

Herminia Pérez-Castejón Ruiz

Durante la tarde del 11 de mayo, al igual que todos los días con posterioridad a la comida, debo hacer reposo. Veía la novela cuando de pronto el ruido de una cantera hizo que el sillón en el que estaba sentada se desplazara, no era la primera vez que este ruido me sobresaltaba, eran ya con alguna frecuencia en las que de madrugada me asaltaban estos ruidos y los vecinos nos asomábamos por el balcón a la calle, nos saludábamos y nos volvíamos a la cama. Pero esta vez la pared de detrás de la televisión se rajó, como tenía la cámara fotográfica hice unas fotos, me levanté y me dirigí al teléfono para llamar al seguro y dar el comunicado, no respondieron, sonó el timbre de mi puerta, eran dos vecinas, una alemana con un conejo asustado en la jaula y otra filipina (vecinas) recién llegadas de Chile en donde habían vivido situaciones alarmantes, no me dijeron nada pero me invitaron a salir a la calle para tomarnos una "cola"; yo no tenia prisa pero ellas apremiaban para salir. Fue estando en el rellano para coger el ascensor y con la puerta abierta cuando se produjo el siguiente estruendo, la puerta no se cerraba por lo que di una patada para bajar por las escaleras que bajé chillando y el niño del bajo salió a pedirme que no chillara y le dijimos a grito pelado que a la calle ya! Cuando salí había muchísima gente en la plaza (mi puerta), los niños salían corriendo de la Iglesia de Santiago, nosotras decidíamos entre ir a Plaza de España o bajar hasta S. Vicente, yo dije que S. Patricio estaba en obras luego mejor San Vicente, y en esto se desplomó la techumbre de Santiago, sentí la misma sensación como si estuviera en algún bombardeo de Oriente Medio y sólo decía ¿cuándo he rodado esta película?, llegamos a San Vicente, tuve la alegría de encontrar caras amigas con bebés en brazos pero corríamos por Floridablanca y junto a la farmacia unos vecinos no podían salir, la joven alemana, más habilidosa, abrió la puerta y pudieron salir. Llegamos hasta el Huerto Ruano, querían entrar y dije que mejor fuera pues la valla de hierro en lanza más peligrosa, las ambulancias sonaban sin parar, varias personas tiradas en el suelo siendo atendidas por amigos, nos dijeron que debíamos ir al Huerto de la Rueda. El Instituto Ramón Arcas estaba todo rajado y los alerones de los edificios en el suelo, el pánico me llegó a los huesos, yo estaba allí pero lo veía como desde una película, todo parecía irreal, yo me sentía zombi. Al pasar vi a las Clarisas en el patio y la casa destruida. Caminábamos hasta el Huerto de la Rueda para la concentración. Allí, nos dividimos en coches para buscar a la familia y dormir con ellos. En un coche en el campo, pero juntos y controlados amanecimos.

Conchi Ruiz Díaz

Primavera Rota

El salón de mi casa se mueve bruscamente. Asustada, me asomo a la terraza, corrillos de gente en la calle. Abandono el piso precipitadamente.

Tras deambular por las calles, no consigo tranquilizarme. Por fin encuentro a mi hija y nuestro perrito, nos abrazamos.

Al rato, el suelo se mueve como una montaña rusa. Pánico, llantos, gritos…

Estando junto a Santo Domingo, veo caer una de sus torres. Gente corriendo, llorando, gritando…

Las sirenas de los coches policía sonando.

¿Dónde ir para estar a salvo?

¿Qué está pasando en nuestra querida Lorca?

Las alamedas y parques se llenan de gente aterrorizada. Hablan de réplicas más fuertes…

El dispositivo de protección civil ya está en marcha. La alarma corre de boca en boca: hay víctimas.

La tragedia cubre la tarde primaveral.

Abandonamos Lorca con el corazón más roto que sus casas, sin saber cuando poder volver a vivir en ella.

Juani González

Hola, mi nombre es Juani. Escribo estas letras para deciros que soy una persona afectada por el terremoto, pues vivía en La Viña y me tiraron el piso con todos mis recuerdos dentro. Todas las personas como yo lo hemos pasado muy mal, y espero que todo se solucione lo antes posible, pero siempre tengo que darle las gracias a Dios de que mi familia y yo estemos bien, aunque todos fuera de sus casas. Mi madre es una señora de mucha edad, lleva fuera de su casa un año y medio y tiene 97 años.

Me acuerdo mucho de como estaba Lorca antes del terremoto pues mi ciudad era muy bonita. Espero que otra vez se recupere, pero para eso tienen que pasar unos años para verla como antes.

Sin nada más me despido. Un fuerte abrazo.

Paco Alonso

Fundido en negro

Yo deambulaba algo nervioso tras el primer temblor, yendo de un lado para otro, fotografiando los efectos del seísmo para mi periódico, cuando mis sentidos quedaron bloqueados con el terrible segundo terremoto. Estaba enfrente de Santiago.

Todo se hizo negro, marrón oscuro y polvoriento a la misma vez. Nada se veía, pero mi cabeza vagaba imaginando la situación de todos mis seres queridos. Daba vueltas sobre mí mismo, aturdido, perdido, vislumbrando el horror generalizado como el que veía a mis pies.

Corrí lo que pude por la calle Rubira, y sólo pensaba en mi hija Marta en casa. Sabía que estaba allí, en la casa que seis días más tarde derribarían sin remisión. Fue valiente, muy valiente al superar ese monstruoso movimiento, sola en casa. Bajó a la calle entre escombros, pero volvió a subir porque Niebla, nuestra perra, estaba allí. Sí. Volvió y bajó. En la calle, junto a otros vecinos, la vi.

Sus lágrimas, mis lágrimas.

Asociación Alzheimer y otras demencias de Lorca

Once de mayo de 2011: Una fecha difícil de olvidar

El 11 de mayo de 2011 es una fecha difícil de olvidar para la ciudad de Lorca. En nuestro recuerdo quedan los dos terremotos que se produjeron la tarde de ese fatídico día y causaron importantes pérdidas y daños que aun a día de hoy persisten en nuestros corazones y que nos entristece recordar.

La tarde del 11 de mayo se presentaba como cualquier otra. Los usuarios acababan de llegar a la asociación y se encontraban en sus respectivos talleres cuando de repente se sintió el primer seísmo. Éste causó importantes daños materiales en las diferentes salas del centro, motivando un gran desconcierto y temor en todos nosotros, procediéndose inmediatamente a su evacuación. Cuando se respiraba cierta tranquilidad y todo parecía que volvía a la normalidad, se produjo el segundo terremoto. La intensidad del movimiento, el balanceo de los edificios y el desprendimiento de fachadas hizo emerger sentimientos de temor y pánico.

Es complicado expresar con palabras todo aquello que se pudo sentir en esos momentos y en los días posteriores, que estuvieron llenos de preocupación e inquietud. A pesar de todo lo vivido nos sentimos muy afortunados y agradecidos por seguir nuestra lucha por y para los enfermos de Alzheimer de Lorca.

“Nada podrá hacer que deje de sentirme lorquino”
Adrián Sánchez-Fortún Martínez, 9 años, CEIP Juan González

Eman Chouickh (11 años)

Cuando ocurrió el primer terremoto, estaba en la academia del Proyecto, pero allí no se sintió mucho. Nos marchamos de allí para nuestras casas porque lo dijeron nuestros educadores, por precaución. Después del primer terremoto, nos reunimos todos los vecinos y nos fuimos al parque. El segundo terremoto fue mi peor pesadilla. Mi hermana pequeña y yo tuvimos la sensación de estar cerca de la muerte; pensamos que nos iba a caer un piso encima. Una semana después, mi hermana y yo estuvimos traumatizados, pero nos salvamos. Fuimos a un campamento en la Torrecilla porque mi casa se derrumbó, pero no pasa nada; nos quedamos en el campamento todo el verano, donde te daban todo lo que necesitabas y al final no quería irme de allí. Hice muchos amigos y me lo pasaba genial en el «SaveTheChildren» que significa «Salvar a los niños» donde hacíamos deberes y juegos (la oca, el juego de las sillas, el ahorcado, escalada…) Después volví al colegio, conocí a nuevos compañeros y me cambié de casa, donde vivo ahora con mi familia.

Antonio Mellinas Sola (10 años)

Cuando ocurrió el primer terremoto, estaba en casa de mi abuela. Cogí a mi primo que se iba a caer al suelo y nos levantamos. Salimos afuera un rato; estaba preocupado y luego me fui a mi casa. Allí me dijo mi madre que entrara a hacer los deberes del colegio. Me fui enfadado al parque por lo que había pasado. En el parque estaban mis amigos, que decían que había salido el terremoto de Lorca en las noticias de televisión y que iba a haber otro terremoto. Nos fuimos a jugar al fútbol para alejarnos de los edificios. Unos minutos después ocurrió el segundo terremoto; todo el mundo vino a refugiarse al parque. Mi madre me estaba llamando porque estaba preocupada por mí. Vino mi tito, que estaba muy asustado y vi a mi madre muy agobiada. Cuando vino mi padre, se quedó con nosotros. También se desmayó una muchacha, a la que mi madre le echó agua en la cabeza. Estaba todo tan ajetreado que me asusté mucho por lo que estaba pasando y me puse a llorar. Mi hermano pequeño, al verme así, sintió pena y también se puso a llorar. Yo quería quedarme a dormir en el parque en una tienda de campaña, pero al final me fui con la familia a una casa del campo donde había árboles con muchas castañas.

"Separados por una desgracia, unidos por un sueño"
Sandra López García, 7 años, 1º EP CEIP Pérez de Hita.

Susana de Torres Mora
Bibliotecaria

Lorca, 25 de marzo de 2013

Hacía buena mañana de primavera lorquina -que no es cualquier primavera- y era 11 de mayo de 2011, o lo que es lo mismo, 11-5-11, número capicúa.

Recuerdo cuánto me gustaba de pequeña encontrar números capicúa en las matrículas de los coches o en cualquier otra combinación numérica, supongo que porque mi padre, no sé si como un simple guiño o por algún tipo de superstición que desconozco, siempre compraba sus coches con matrículas capicúa, y eso a mí me parecía divertido.

Ese miércoles 11 de mayo, a las tres de la tarde y como cualquier otro día "con más sueño que hambre", me despedía de los compañeros de trabajo hasta el día siguiente. Pero el jueves nunca volvimos a la biblioteca, la rutina frenó de golpe y a media tarde la Tierra, ya harta, en un arranque de furia tembló. La Tierra rugió con un ruido horrible, distinto, inolvidable y con una violencia desconocida para todos.

En lo personal tuve mucha suerte, si es que cabe esta palabra en el marco de una tragedia que dejó, entre otros muchos males, huérfanos de vida a nueve lorquinos. Ese día mis hijas no estaban en Lorca y nuestra casa se mantuvo casi intacta, y gracias a eso pudimos acoger a familiares y vecinos en peores circunstancias que nosotros. Aunque ellos están muy agradecidos, yo guardaré la sensación de haber hecho poco.

Han pasado casi dos años y hace apenas ocho días la Biblioteca Infantil y Juvenil (la última que permanecía cerrada por obras) volvía a abrir sus puertas. Esta reapertura nos permite decir que ahora sí hemos recuperado la posibilidad de disfrutar un servicio público básico e imprescindible como el bibliotecario. Es una muy buena noticia y me alegro mucho por eso.

No cabe duda de que durante muchos meses ha sido difícil desviar las conversaciones de aquel fatídico terremoto, meses en los que se han adueñado de nuestro vocabulario palabras que antes no formaban parte de él: pilar, puntal, grieta, restauración, consorcio; meses en que los golpes y el ruido han invadido con virulencia nuestra tranquilidad. También es cierto que el miedo se ha instalado en nosotros y que él es el responsable de que se nos acelere el pulso al menor ruido o movimiento. Desafortunadamente la sombra de aquel 11 de mayo aún sigue ahí y para muchos lorquinos queda demasiado por recuperar.

Irrecuperables son, sin embargo, las vidas de los nueve vecinos de Lorca que nunca se deberían haber ido. Pero pese a todo y en su memoria, Lorca recuperará su ritmo, su alegría, sus casas, calles y monumentos y para eso ya quedan menos primaveras.

Isabel Mª Quiñonero Lidón

Mis impresiones serán recordadas toda la vida, el 11 de mayo de 2011 marcó un antes y un después en la vida de muchos lorquinos como yo.

Me encontraba en mi vivienda y me sobresaltó un movimiento brusco de todo el edificio, todo se movía, las lámparas se balanceaban, se oían sirenas en el exterior, etc.

Me disponía a iniciar mi trabajo como monitora de gimnasia en el pabellón de San José, las clases se suspendieron tras recibir la información de una "segunda réplica".

Entonces al cabo de una hora y poco ocurrió la "segunda réplica" generando un caos total en toda la ciudad. Un edificio se vino abajo, como voluntaria de la Cruz Roja me acerqué a colaborar en el rescate de las víctimas... Organizar el campamento en el Huerto de la Rueda.

Una tarde interminable, llena de gente desconsolada, caras tristes, llorosas, asustadas... buscando consuelo entre familiares y amigos. Pero a pesar de la desgracia Lorca ha demostrado poseer una solidaridad infinita... Gracias Lorca.

Ilustración de Pedro Rodríguez Sánchez

"Gracias a los policías, bomberos, cruz roja… por haber ayudado cuando lo necesitamos"
Paúl Martínez Salazar, 10 años, 5º EP CEIP Andrés García Soler

"El espíritu de Lorca es un ejemplo, debemos sentirnos orgullosos"
José Moreno Miñarro, 10 años, 5º EP, CEIP Villaespesa.

Pedro Rodríguez Sánchez (17 años)

Nos pilló a todos por sorpresa

Estaba con mis maestros y compañeros en el Proyecto, que es como una academia, y allí nos pilló el primer terremoto a todos por sorpresa. El segundo terremoto, que fue mucho más intenso, me pilló en mi casa. Cuando todo pasó, salí corriendo, bajando las escaleras casi volando, al parque que hay cerca de mi casa a buscar a alguien de mi familia, pero no estaban. Había mucha confusión y gente tirada en el suelo. Pronto llegaron bomberos y policías. No encontraba a nadie de mi familia. Entre la gente vi a mi amigo David, que se puso a llorar cuando me vio porque se emocionó por todo lo que estaba pasando; me dijo que si veía a mis padres, le diría que estaba bien. Después de buscar entre la gente, vi a mi madre, a mi padre y a mis hermanas. Entonces nos fuimos a la casa de campo de una vecina, donde pasamos la noche. Un hombre comentó que el pantano se había desbordado. Al día siguiente, volvimos a Lorca y trasladamos nuestras cosas a la casa de mis abuelos porque mi casa tuvo desperfectos. También fui a La Viña y vi muchos edificios destrozados. Pero ya pasó todo. Estuve muchos días sin ir al instituto. Después vinieron todos los jugadores del Real Madrid a Lorca, incluyendo a Cristiano Ronaldo, y fui a ver el partido que jugaron en Murcia, quedaron 2-2; fueron muy solidarios con nosotros. Hubo rumores de que podrían venir otros terremotos. Aquella tarde, mi primo le salvó la vida a su hijo que estaba dentro de un coche cuando pasó el segundo terremoto, pues le dio tiempo a sacarlo, pero a él le tuvieron que operar en la pierna; el coche quedó destrozado. Todavía sigo viviendo en casa de mis abuelos, pero todos estamos bien que es lo importante.

Santos Campoy García
Socio de ANABAD y damnificado por el terremoto

La tarde que Lorca fue Roma

La mesa ante la que estás sentado se levanta como 1 metro con todo lo que tiene encima y el piso en el que estamos viviendo casi 25 años se pone a dar vueltas. Bajamos por las escaleras y al llegar a la planta baja descubrimos que el último tramo está en el aire y todas las paredes de la entrada en el suelo, así como también las paredes del hueco del ascensor, lo que permite ver el esqueleto del mismo. Lo único que permanece en pie es la puerta de entrada, que no se puede abrir porque el escombro te lo impide.

Al salir a la calle y mirar hacia el centro de Lorca, vemos la gran nube de polvo que llena el cielo de la ciudad con el castillo al fondo. Nuestras cabezas comienzan a asimilar sensaciones extrañas: todo el vecindario se dirige hacia el parque cercano, casi todos llorando y hablando por los móviles; los que han sido más previsores y se han bajado un radio transistor comienzan a indicar que puede haber fallecidos; a la vez el ulular de las sirenas de Policía, Guardia Civil, ambulancias y bomberos inunda todo el espacio sonoro y nuestros móviles comienzan a recibir llamadas de familiares o amigos que residen fuera de la ciudad, alarmados por lo que han visto en directo en la Televisión o han oído por la radio y que nosotros no hemos podido oír ni ver. A la vez nos empezamos a preocupar por nuestros familiares residentes en Lorca y comenzamos a intentar localizarlos. Todo esto hace que rápidamente nos demos cuenta de la gravedad de la situación, lo que nos lleva a un giro al pasado, un giro hacia la tarde del 19 de octubre de 1973.

Desde el parque cercano nuestra mente analítica empieza a observar que de todos los edificios que hay construidos en el entorno, el que se encuentra en peores condiciones es el nuestro. Nos acordamos de las palabras del promotor que, en reiteradas ocasiones, nos manifestó que teníamos la enorme suerte de vivir en uno de los edificios más seguros de Lorca, pues el arquitecto lo había diseñado para resistir seísmos de hasta 8 o 9 grados, estando previsto que se comportara como un barco, sin sufrir daños, en caso de un terremoto importante.

Conforme va pasando el tiempo vamos notando pequeñas sacudidas de la tierra, las famosas réplicas que siempre han explicado que son más pequeñas

y sirven para liberar energía. Sin embargo en este caso la cabeza sabe que el segundo golpe ha sido mucho más fuerte que el primero, lo que no nos tranquiliza nada. A esto hay que añadir que los vecinos de las radios anuncian de forma continua que va a venir otro sismo más fuerte de forma inmediata. En el fondo sabemos, porque algo hemos leído, que los terremotos, de momento, no son predecibles, pero a pesar de todo la cabeza cada vez funciona más autónomamente y no podemos evitar que nos afecte el alarmismo que se va adueñando del parque. Además, también recordamos que para ese mismo día alguien ha previsto un gran terremoto en Roma y nos preguntamos si no será que el vidente ha interpretado mal las coordenadas del epicentro y ese gran seísmo va a tener lugar en Lorca. El aturdimiento es total y ya no somos capaces de pensar y analizar lo que está pasando con sosiego.

Ya de noche nos marchamos a casa de unos familiares en la huerta, a pasar la noche (porque a dormir no se puede decir) en un coche y allí nos informamos de la auténtica gravedad del asunto, del número infausto de fallecidos. Aprovechamos para recargar los móviles, que siguen sonando hasta bien entrada la madrugada. Esa noche la cabeza no para de dar vueltas y ya decide hacerse independiente.

Por la mañana temprano regresamos al piso, subimos con gran temblor en las piernas: es el pánico que nos dicta el cerebro ante la posibilidad de que haya un "big one" mientras estás en el interior y el edificio se caiga contigo dentro. Abres la puerta de tu casa sin saber que será la última vez que lo hagas tras tantos años. Abres los armarios y la cabeza coge ropa para dos o tres días y luego adviertes que has cogido las camisas y los pantalones más viejos que tienes en el armario, y así con todo.

Tras dejar atendidos a nuestros padres, nos marchamos esa tarde del 12 a la segunda residencia y allí será donde la cabeza recibirá el golpe definitivo. Al atardecer llamamos a un vecino para preguntarle qué han dicho los técnicos que están pasando estableciendo una clasificación de los edificios: la respuesta es que ha sido catalogado con un punto negro, lo que significa que no se puede entrar porque está a punto de caerse: la frustración, el desconsuelo de ver que toda tu vida desaparece en un instante, llenan de golpe tu cabeza, es el hundimiento, la expulsión del paraíso, el exilio, la desolación, todo se ha acabado, el shock es definitivo. Lo único que tienes presente es la indignación contra el promotor y el arquitecto que te habían vendido una magnífica vivienda contra los terremotos.

A partir de ese momento nuestras cabezas se vuelven incontrolables, extra-

ñas, como si se hubiese instalado otra cabeza distinta en nuestro cuerpo: las ondas sísmicas habían llegado a su verdadero objetivo, el más dañino, la cabeza de todos y cada uno de nosotros.

Con el paso de las horas y los días la cabeza va descubriendo algo esencial: lo importante no son los muebles, los electrodomésticos, ni siquiera la ropa, de todo eso hay en las tiendas. Lo esencial es lo que no está en ninguna tienda por grande que sea: los recuerdos de tu vida, de la vida en familia, con nuestra hija, el recuerdo de haber visto como llegó a esa casa y como creció en ella, los sentimientos que en esa casa se han ido creando tras casi 25 años de convivencia. Ese efecto se ve multiplicado por cuanto allí dentro se han quedado los recuerdos, las fotos y vídeos familiares o de viajes, y no puedes tener acceso. Tu vida, tu memoria, queda reducida a la nada.

No volvimos a empezar a controlar la cabeza hasta que pasadas unas semanas totalmente negras pudimos entrar a sacar lo que fríamente llamamos "efectos personales", y no la recuperaremos totalmente, si es que alguna vez llegamos a hacerlo, pues el camino va a ser más largo de lo que uno podía prever, hasta que podamos entrar por la puerta de nuestra antigua/nueva casa.

Rosa Mª Molina Franco

Me acuerdo de ese día y me acordaré siempre aunque la memoria llegue a fallar, porque el sentimiento ya lo tiene mi alma y mi corazón, lo llevo por dentro.

Un segundo antes o un segundo después, hubiera cambiado su vida. Yo vi una víctima de ese día. Vimos a una ciudad víctima de no querer ser víctima; de ser valiente, de llorar para poder seguir con más fuerzas.

Fuerza y ánimo Lorca.

Me acuerdo de Lorca

Juan Antonio Hurtado Alcaraz

Dos, fueron dos:

En el primero me encontraba en el polígono de Los Peñones, a ras del suelo, no me pareció mucho, pero enseguida empezaron a sonar móviles y sentí la necesidad de llamar a mi familia a ver cómo estaba. Empecé a sentir la importancia del mismo cuando miré hacia el Castillo y vi la Torre del Espolón.

Ante una ciudad colapsada por el tráfico me dirigí a Plaza Real rodeando Lorca por la autovía, en la radio calmaban a los ciudadanos ante bulos que corrían por las calles de un nuevo terremoto más fuerte. Aparqué, instintivamente, en el centro del aparcamiento del Carril de Caldereros, tal vez en el mejor lugar de la ciudad para tener el coche teniendo en cuenta lo que estaba a punto de pasar.

Y llegó el segundo, en Plaza Real estalló el pánico, fueron los cinco segundos más largos de mi vida. Gritos, gente corriendo, edificios que crujían y nubes de polvo. Cuando todo paró, llantos, miradas de incredulidad y móviles sin cobertura. En pocos minutos la plaza quedó desierta. Yo avancé hacia el barrio de San José andando entre los coches por en medio de la calle, huyendo de las aceras repletas de escombros. Pude ver los daños en las iglesias de San Mateo y San Francisco, fui haciendo fotos con mi móvil y subiéndolas a twitter, con la sensación de estar viviendo una pesadilla más que algo real.

Cuando llegué junto a mi familia en el parque de San José, comenzaron a llegar noticias de muertos y heridos y rumores de nuevos terremotos, incluso más intensos. Sin batería en el móvil, todo se hizo duda con la noche, una noche que pasé al raso con mi familia política en el campamento improvisado de la Viña.

El día 12 llegó entre el miedo a las réplicas y la confirmación de los desastres. El verdadero día después de Lorca, el primer día del resto de la historia de nuestra ciudad.

Isabel Guijarro Jiménez (15 años)

Aquel día era como otro cualquiera. La gente seguía con sus vidas, su trabajo; los niños asisten al colegio… De repente, sin que nadie se lo espere, ocurre una gran desgracia para todos los habitantes de Lorca. En un abrir y cerrar de ojos, Lorca se paró de inmediato. La gente salía disparada hacia la calle: había ocurrido un fuerte terremoto. Todo el mundo se puso histérico, buscando a familiares y amigos. Las líneas telefónicas quedaron saturadas, lo que hacía que la gente se pusiera más nerviosa de lo que ya se encontraba ya que intentaban hablar con sus familiares. Además, había casas derrumbadas, gente fallecida; a algunos los conocía… En fin, todo fue muy duro ese día para todos, fue como un shock; y eso que yo ese día me sentía muy bien. Durante toda la tarde corría buscando a mis familiares, sobre todo por mi hermana pequeña, que tiene cinco años, y mi madre, que estaba embarazada de ocho meses. Mi hermana estaba muy asustada. La naturaleza nos ha enseñado que, aunque es bella, a veces es cruel y su fuerza es infinita.

"Lorca mira hacia delante, todos unidos somos un solo corazón"
María Alonso Paredes, 7 años, 2º EP CEIP San Francisco de Asís.

"Porque la recuperación de Lorca es posible. ¡Gracias a todos!"
Raúl Tomás Ponce, 9 años, CEIP San Francisco de Asís

ÍNDICE ONOMÁSTICO DE AUTORES

Abdelghafour Alim Harour, 72
Abdeljabbar Alim Harour, 32
Amine Khayali, 74
Ana Belén Larios Morillas, 21
Ana Belén Loarte Sánchez, 63
Ana Cristina Sánchez Gómez, 25
Adrián Sánchez-Fortún Martínez, 85
Alberto Hernández Sapena, 56
Andrea Escot Belmonte, 19
Andrés Felipe Calderón Jiménez, 73
Andrés Martínez Rodríguez, 62
Andrés Meca Soto, 36
Ángel Martínez García, 61
Antolín Periago Vega, 41
Antonio, 27
Antonio García Torres, 24
Antonio M. Beltrán, 52
Antonio Mellinas Sola, 86
Asociación Alzheimer y otras demencias Lorca, 84
Belén Peñas Lázaro, 81
Carlos Peregrín Escámez, 71
Conchi Ruiz Díaz, 83
Cristina Gómez López, 23
Cristina Jover, 53
Cristóbal Pérez Belmonte, 40
David Romera Franco, 78
Elena Hernández, 16
Eman Chouickh, 86
Encarna García, 72
Enola González Jiménez, 55
Francisco Clemente López, 46
Francisco de Asís Veas Arteseros, 38

Francisco Salas Lario, 54
Guillermo Amate Morales, 23
Herminia Pérez-Castejón Ruiz, 82
Ignacio Navarro-Soto Mínguez, 39
Irene Sánchez Fernández, 80
Isabel Guijarro Jiménez, 97
Isabel Mª Quiñonero Lidón, 89
Javier Martínez Ortiz, 15
Javier Miñarro Mena, 59
José Antonio Ruiz Martínez, 20
José Manuel Vázquez, 61
José María Fernández García, 45
José Moreno Miñarro, 91
Juan Alberto Mora Sánchez, 50
Juan Antonio Hurtado Alcaraz, 96
Juan Manuel Bastida Cabrera, 51
Juani González, 83
Lola Andújar Ruiz, 17
Lorena Manzanares Martínez, 32
Lucía Perán Fernández, 37
Luna, 58
Luz Ruiz Díaz, 79
Margarita García Hernández, 29
María Alcaraz Arcas, 78
María Alonso Paredes, 98
María Concepción Navarro Perán, 74
María de los Ángeles Lirón Sandoval, 49
María Dolores Abellán, 18
María Jesús Juan, 35
María Ros Navarro, 57
María Sánchez Lario, 47
Marisol Perán Fernández, 28
Marta Fernández Díaz, 33
Miembro del Servicio de Emergencias, 34
Miguel Ángel Hernández García, 64
Miguel Navarro López, 75
Miguel Navarro Sánchez, 43

Oumaima E. Raghay, 22
Paco Alonso, 84
Papageno, 76
Paúl Martínez Salazar, 90
Pedro Enrique Llamas Fernández, 48
Pedro José Pérez Sánchez, 80
Pedro Lizarán Campos, 42
Pedro Rodríguez Sánchez, 7, 90, 92
Raquel Gómez López, 7
Raúl Tomás Ponce, 99
Rita Pérez Ros, 40
Rocío Fernández, 77
Rosa Mª Molina Franco, 95
Rossi, 44
Salvador Martínez Román, 12
Sandra López García, 87
Sandra Milena, 44
Santos Campoy García, 93
Susana de Torres Mora, 88
Toñi Pascual Sánchez, 70
Violeta Insa, 60

El 11 de mayo de 2011 Lorca sufrió un devastador seísmo que se cobró vidas y bienes. Los centros culturales de la población no fueron inmunes a esta catástrofe y hubo que cerrar algunos como la biblioteca municipal "Pilar Barnés" (felizmente reabierta en junio de 2012) o el Museo Arqueológico. La reacción del mundo cultural fue inmediata y la solidaridad propició no sólo la recaudación de donativos para ayudar a paliar los daños sino que llegó hasta el ofrecimiento personal de técnicos que trabajaron en labores de recuperación.

ANABAD-MURCIA no podía sustraerse a la solidaridad que despertó la situación de fragilidad en que quedaron los centros culturales relacionados con su ámbito: el archivo, los museos y las bibliotecas públicas lorquinas. De ahí surgió el proyecto "Me acuerdo de Lorca": una iniciativa para la recopilación de textos escritos por los habitantes de Lorca sobre sus experiencias a consecuencia del seísmo que, reunidos en un libro, fueran la base de la campaña de recogida de fondos a beneficio de los centros culturales del ayuntamiento lorquino.

Agradecemos muy sinceramente su colaboración a la Fundación Cajamurcia, entidad que siempre ha demostrado una gran sensibilidad hacia el mundo de la cultura y especialmente hacia la situación lorquina, a Ediciones Tres Fronteras, que no dudó en acoger como propia la edición de esta obra y, por supuesto, a nuestros compañeros bibliotecarios, archiveros y museólogos de Lorca, que han sido el alma de este proyecto.

ANABAD MURCIA

CM FUNDACIÓN CAJAMURCIA

Tres Fronteras EDICIONES